

Selección



RALPH BARBY

ALGUIEN PINTO EL MAL


SELECCION
TERROR

RALPH BARBY

ALGUIEN PINTO EL MAL

Colección
SELECCION TERROR n.° 425 Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA • BOGOTA • BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

420 — Terror en el ataúd, *Ada Coretti.*
421 — Vuelo al valle del miedo, *Clark Carrados.*
422 — Función para un solo espectador, *Lou Carrigan.*
423 — Llegada de un tren, *Curtis Garland.*
424 — Alucinaciones, *Lou Carrigan.*

ISBN 84-02-02506-4 Depósito Jegal: B. 4.972-1981
Impreso en España Printed in Spain
1.ª edición: abril, 1981
©
Ralph
Barby
•
1981
texto
©
K.
Martín
-
1981
cubierta
Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.
A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N- 152, Km 21,650)
Barcelona – 1981

CAPITULO
PRIMERO

El automóvil grande y lujoso se detuvo junto a la puerta de servicios, una puerta ancha y metálica bien unida a las paredes pétreas que formaban el muro del All Saint's Hospital, un manicomio destartalado y viejo, señalado ya para desaparecer. Pero, antes de que tal suceso ocurriera, habrían de pasar años, pues recluidos en él habían muchos internos que no tenían otra salida que aquel recinto o la tumba.

Después de decenas de años de permanecer encerrados allí, muchos ya no tenían más familia que sus compañeros de cama.

El automóvil apagó sus faros y encendió la pequeña luz interior color violáceo que no llamaba la atención. La noche era bastante oscura, soplaba un ligero viento que desplazaba grandes nubarrones altos.

El suelo estaba húmedo, había llovido por la mañana y menudeaban los charcos.

Frente al volante había un hombre alto y huesudo, con el cabello blanco casi amarillento, muy bien peinado y absolutamente limpio.

Sin duda era elegante y culto, pero su mirada tenía algo enigmático, difícil de desentrañar. Aquel hombre había vivido mucho, había sido cuidado y mimado desde la mismísima cuna y estaba acostumbrado a usar gemelos de oro con brillantes engarzados.

De la guantera sacó un pequeño *walky-talkie.* Abrió la portezuela, salió del automóvil y estiró la antena telescópica pulsando el resorte de llamada.

—Todo está tranquilo, estoy esperando. Repito, todo está tranquilo, estoy esperando. Miró la hora, eran las diez y media de la noche. Guardó el *walky-talkie* con el que había llamado y esperó.

Pasaron los minutos y al fin se pudo oír en la noche el ruido de una llave girando en la gran cerradura de la puerta por la que entraban los vehículos con los suministros para el manicomio.

Los goznes gruñeron y la puerta se abrió lo suficiente para que pasaran dos mujeres. Una de ellas iba con gabardina y cubría sus cabellos rubios con una boina grande, ladeada. La otra mujer, más baja y gruesa, evidentemente doblaba la edad a la anterior. Tenía la mirada ligeramente perdida y vestía una ropa deslucida y oscura. El abrigo era de lana, no habría resistido ser visto a la luz, pues habría dejado al descubierto pequeños pero múltiples agujeros.

—Buenas noches. ¿Es usted el juez Cunning? —preguntó la muchacha de la gabardina oscura y la boina sobre unos cabellos

lacios y dorados.
—Sí. ¿Y el doctor Lugan?
—No está. Me ha pedido que acompañara a la enferma y me pusiera a sus órdenes.
—Qué raro. Me prometió... —No terminó la frase.
—El doctor Lugan ha tenido que ausentarse.
—Está bien. ¿Sabe cuál es su cometido, señorita...?
—Laura Berner.
—Bien, señorita Berner, ¿sabe de qué se trata?
—No. El doctor Lugan me ha ordenado que me ocupe de la enferma, que le obedezca a

usted y no haga preguntas.

—De acuerdo, será suficiente. Cierre la puerta y subamos al coche, tenemos muchas millas que recorrer.

Laura Berner, que era ayudante médico y se le había asignado el turno de noche, cerró la puerta.

Tuvo deseos de preguntar hacia qué lugar se dirigían, cuántas millas habían de recorrer, pero recordó que no debía hacer preguntas y se las tragó.

—Vamos, señora Ambross.

El juez Cunning abrió la portezuela que daba acceso a los asientos posteriores y aguardó a que las dos mujeres se instalaran en el coche.

Ocupó su puesto frente al volante, se sujetó el cinturón de seguridad y puso el motor en marcha.

El automóvil regresó a la carretera y los faros barrieron la oscuridad. La enferma Dorothy Ambross no decía nada, seguía con la mirada perdida, una mirada que de vez en cuando se volvía hacia Laura, preguntando no sabía qué.

A Laura Berner le parecía que el juez Cunning, al que no conocía de nada, llevaba el automóvil a excesiva velocidad; sin embargo, le veía frío, seguro de sí mismo, sin vacilaciones en la conducción y no puso objeciones.

La ayudante médico lo ignoraba todo sobre aquella salida nocturna por la puerta de servicios, no por la general. Evidentemente, aquella salida se pretendía ocultar a todos, era como si no se produjera y Dorothy Ambross, la paciente recluida en el manicomio, siguiera durmiendo en su cama aquella noche.

A Laura Berner la personalidad del juez y también el hecho concreto de que fuera juez, la tranquilizaba. ¿Adónde iban? Lo ignoraba totalmente, pero también era una garantía que el doctor Lugan, subdirector del centro psiquiátrico, hubiera dado la orden de que acompañara a la enferma por si ésta precisaba algo.

Laura llevaba un bolso colgando de su hombro dentro del cual iba un pequeño y muy especializado botiquín en el que no faltaba la aguja hipodérmica con un fuerte sedante por si la enferma sufría una crisis violenta. Con los pacientes hospitalizados nunca se sabía cuándo podían estallar en un ataque.

Laura miró su reloj de guarismos luminosos y se sorprendió de la velocidad con que pasaban los minutos, había transcurrido más de una hora.

Al fin, se salieron de la interminable carretera y se introdujeron por un camino lleno de baches que descendía hacia el río donde las aguas discurrían oscuras, siniestras.

El ambiente era tenebroso en aquel lugar, quizás fuera la noche, el

invierno que mantenía desfoliados a muchos árboles dándoles un aspecto esquelético y fantasmal.
Detuvo el coche junto a un viejo embarcadero construido con gruesos maderos.
Un hombre que parecía más grueso de lo que era debido al anorac que llevaba y al gorro con orejeras que le cubría la cabeza, salió a recibirles.
—¿El señor Cunning?
—Sí. ¿Tiene el bote dispuesto?
—Sí, está listo.
—Pues no perdamos tiempo.
—¿Bote? —se asombró Laura.

El juez aclaró:
—Nos dirigimos a una isla que se halla en el centro del río.
—¿Una isla?
—Sí, no es muy grande, una isla muy antigua. Las venidas del rio no se la han llevado en siglos porque su base es rocosa, pero tiene la tierra suficiente para que hayan crecido los árboles. Es una isla que tendrá un cuarto de milla más o menos de larga y apenas cien yardas de anchura en el lugar máximo.
—¿Qué hay en esa isla, si puedo preguntarlo?
—La noche es tan mala que apenas hay visibilidad, pero se levanta un caserón, los árboles lo ocultan en algunas de sus partes. Pronto lo verá, suba al bote y tenga mucho cuidado con la señora Ambross.
A Laura Berner no le gustó nada aquel paseo por el río casi a media noche, pero no podía objetar nada en contra. El doctor Lugan, su superior, le había pedido que siguiera las indicaciones del juez.
A la paciente Dorothy Ambross la visión de las oscuras aguas del río no le gustó.
—No tema, no será más que un paseo.
—Tengo miedo al agua, tengo miedo al agua —repetía por lo bajo, sin atreverse a gritar.
—Vamos, señora Ambross, no le sucede nada, sólo es un apacible paseo en bote —la calmó el juez Cunning.
—Tengo miedo —insistía ella.
—Por favor, Dorothy —le pidió Laura.
—Venga aquí, la subiré a bordo —le dijo el barquero con intención de tomarla entre sus brazos.
—No, no, ya subiré sola.
Con infinitas precauciones se introdujo en el bote y también lo hicieron Laura y el juez. El barquero dio un fuerte tirón al cable del motor pero éste no arrancó.
—Este cacharro se pone tonto, pero no hay cuidado porque el bote va solo.
Tras el segundo intento fallido, optó por soltar la amarra y mover el timón. El bote a motor, sin que éste funcionara, se deslizó por el empuje propio de las aguas del río.
A Laura no le agradaba aquel paseo, pero de pronto pudo comprobar que el bote llevaba en su proa un foco luminoso.
El barquero se mostró hábil y atracó con facilidad en el pequeño embarcadero de la isla del río.
—Ya estamos —dijo, sujetando la embarcación con la amarra. El juez, con un ligero tono de reproche, le dijo:
—Espero que al regreso tenga el motor listo.
—No tema, es el paso de la gasolina, a veces se ahoga. Está un poco

viejo este cacharro. El juez ya no le prestaba atención. Indicó a Laura que le siguiera con la paciente y por un camino de guijas subieron una pendiente que les condujo al atrio del viejo y húmedo caserón que pasaba gran parte del año rodeado de nieblas.

Llamaron a la puerta estirando de una cadenita que hizo sonar unas campanillas.

—¿No hay timbre? —preguntó Laura.

—No, no lo hay.

La puerta se abrió gruñendo ostensiblemente. En el umbral, sosteniendo un candelabro

de tres brazos, apareció un hombre alto, joven y apuesto, un hombre que llamó rápida- mente la atención de Laura Berner.

El desconocido les miró y preguntó después:

—¿Juez Cunning?

—Sí, y usted ¿quién es?

—Aldo Wassermann.

—¿Pariente de la señora Florence Wassermann?

—Soy su sobrino y dicen que también su heredero. Pasen.

Penetraron todos en la casa y llegaron hasta el salón donde se agradeció el calor que reinaba y que contrastaba con la baja temperatura exterior.

La chimenea crepitaba, estaba a tope de leña que ardía bien y que despedía calor y luz. Sin embargo, olía a humedad en el ambiente.

Laura tuvo deseos de acercarse a la chimenea para arrancarse el frío del cuerpo, un frío que les había atacado ferozmente mientras cruzaban el rio.

La estancia no tenía más luces que dos candelabros, uno de pie, construido en hierro forjado y con siete velas. El mobiliario era muy antiguo y escaso y Laura supuso que lle- no de mohos y con posibilidad de albergar verdaderas colonias de repugnantes insectos.

—Bueno, aquí no hay luz eléctrica. Lo cierto es que jamás se hizo el tendido eléctrico, debían de pedir mucho dinero para que llegara hasta aquí. Por lo que yo sé, mi tía Florence no ha vivido nunca largas temporadas en esta casa. Supongo que habrá pasado esporádicamente y la habrá cedido o alquilado a otras personas y es fácil imaginar que sólo en verano.

—Creí que su tía Florence estaría aquí —le observó el juez.

—No, no ha podido, se halla hospitalizada, pero me dejó el encargo de que le atendiera yo. En realidad, soy su único pariente vivo.

—¿Sabe a qué se debe esta cita nocturna?

—No, juez, no lo sé, no rae viene a la cabeza. Mi tía Florence sólo me ha dicho que le atienda, que es usted persona responsable y muy amigo de ella.

—Exactamente. Nos hemos encontrado en varias ocasiones a lo largo de la vida, pero ahora, concretando —miró también a Laura— estamos aquí para llevar a cabo una sesión de espiritismo.

La ayudante de médico y el hombre que representaba a la propietaria del viejo caserón que no inspiraba tranquilidad y sólo resultaba aceptable por la gran cantidad de leña que habían puesto en la chimenea, miraron al juez como no dando crédito a lo que acababan de oír.

—Sé que ¡es parecerá extraño que un magistrado diga tal cosa. En realidad, me he jubilado como juez y continúo siendo el de siempre. No puedo negar que creo en el espiritismo porque he participado en reuniones que me han parecido honestas y he presenciado hechos increíbles. No pretendo que participen ustedes de mis creencias, pero sí les pido un poco de respeto para la sesión.

El pariente de la propietaria del viejo caserón carraspeó. Laura Berner le miró intrigada mientras Dorothy Ambross seguía con la mirada un tanto perdida.

—¿Una sesión de espiritismo, y por qué aquí precisamente?

—Este lugar ya fue mágico en la antigüedad, hay restos prehistóricos que indican

que este sitio era sagrado. No conozco todos los detalles, pero sé que esta casa es mágica.

—He de confesar que había oído hablar de que en este caserón se habían celebrado sesiones espiritistas, reuniones de parapsicólogos y otras cosas que me parecían casi folklóricas. Como es lógico, un caserón tan antiguo, levantado en una isla en el centro del río, aislado de todo poblado cercano, sin electricidad, alumbrado con velas, es propicio para esta clase de juegos de sociedad.

—No son juegos, señor Wassermann. Es ese su nombre, ¿verdad?

—Sí, Aldo Wassermann. Mi tía Florence era hermana de mi madre, ya fallecida.

—Repito, no son juegos. Esta casa es mágica, este lugar es mágico y eso ya lo sabían los hombres prehistóricos. Las reuniones mágicas habidas en este lugar no son ninguna mo- da, las ha habido en otros tiempos. Aquí hubo antes un pequeño convento que fue arrasado por una guerra. Se terminó de demoler para construir el caserón que antes podía considerarse un palacete. Fue remodelado en varias ocasiones, pero nunca se ha vivido bien aquí, por ello todos los que han tratado de habitar en este lugar han muerto o terminaron marchándose.

—¿Quiere decir que hay fantasmas? —rezongó Aldo, irónico.

—No, no creo que haya fantasmas, pero sí unas fuerzas especiales, que confluyen o emanan de este lugar, ese extremo no está precisado. No me pregunte qué es exactamente lo que sucede porque han ocurrido muchos hechos a lo largo de la historia y no sé por qué, pero sí estoy convencido de que este lugar es mágico.

—¿Y maligno? —preguntó ahora Laura Berner.

—Bueno, se cuenta que han habido sucesos de sangre. Yo no quiero pensar en ello y ahora —miró a la paciente— la señora Ambross es una médium que gozó de justa fama, una médium sincera y no falsaria como tantas y tantas otras hay por el mundo que sólo tratan de sacar el dinero a los incautos.

—Es una paciente —le atajó Laura.

—Una paciente, sí, pero con extraordinarias condiciones de médium.

—En su situación no puede someterla a una sesión de espiritismo. El juez miró a Laura con cierto reproche.

—El doctor Lugan autorizó la sesión. Me comunicó que eso no podía perjudicar a la señora Ambross que en realidad está en el All Saint’s Hospital por falta de parientes que la cuiden. De tenerlos, no estaría recluida.

Laura quiso replicar. Recordó las advertencias de su superior

pidiéndole que obedeciera al juez y se calló, pero lo que iba a suceder dentro de pocos minutos no le gustaba.

No comprendía como un hombre con la cultura del juez Cunning podía preparar una sesión de espiritismo obligando a una paciente psicópata a actuar de médium y se dijo que al día siguiente protestaría ante el doctor Lugan que lo había autorizado.

—Bueno, yo tengo que respetar el deseo de mi tía Florence y estoy aquí en representación suya.

—Entonces, colabore con su respeto —le pidió el juez Cunning—, Además, su presencia me servirá para dar fe de la situación. Lo mismo le digo a usted, señorita Berner. Ahora, si no les importa, dispongamos lo necesario para iniciar esta sesión de

espiritismo. Antes del amanecer, la señora Ambross debe estar de regreso en su habitación del hospital psiquiátrico.

CAPITULO II

La mesa era tan sólida y pesada que semejaba estar sujeta al suelo con cemento. Por aquel roble hecho tablas había pasado mucha gente y no se pretendía que estuviera impecable; sin embargo, la última propietaria había hecho pasar una pulidora de madera y luego barnizarla y aquella superficie era lo único perfecto en el destartalado caserón

Se sentaron en torno a la mesa y quedaba mucho espacio libre por la anchura de la mesa redonda. El fuego en la chimenea seguía ardiendo con viveza, proporcionando calor y también algo de luz.

—Señora Ambross, usted invocará a los espíritus.

—Sí, sí, invocaré a los espíritus —asentía ella a las palabras del juez Cunning.

—Pedirá que venga el espíritu de Natalia Norton.

—Sí, sí, llamaré al espíritu de Natalia Norton.

—Hace dos años que murió. Llámela, llámela.

Aldo Wassermann se mantenía escéptico y resignado a la vez.

Laura Berner, en tensión, ardía en deseos de protestar. A ella no le parecía correcto que una paciente pasara por aquel trance.

—Espíritus del más allá, seres del mundo de los muertos, ¿me oís?

—Se calló, produciéndose un silencio.

—¿De verdad pretende que acudan los espíritus? —preguntó Aldo con una sonrisa irónica en sus labios.

—Le he pedido que respete esta experiencia, aunque usted no crea en ella.

—¿Hay algún espíritu libre por aquí?

Laura tenía muy presentes las palabras del juez Cunning cuando éste había dicho que Dorothy Ambross era una médium excepcional. No podía ser médium todo el mundo; había personas con especiales poderes extrasensoriales, capaces de captar fuerzas que no se sabía si procedían del centro de la Tierra o del más allá. Pero, obviamente captaban y no era posible dar una explicación racional a los fenómenos que se producían.

Se abrió una ventana del caserón con violencia y entró una fuerte ráfaga de viento. Laura Berner se sobresaltó, pero el juez Cunning se mantuvo quieto, expectante.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la muchacha en tono bajo.

—Por favor, no hable.

—¿Hay algún espíritu aquí? —inquirió la señora Ambross—. Que responda si está. Una cortina muy vieja se movió y un colgador de hierro forjado se vino al suelo.

Aldo Wassermann gruñó:

—¿Qué están haciendo?

—Por favor, cállese —exigió el juez Cunning.

—Esto estaba preparado, ¿verdad? —preguntó Laura.

—¿Eres Natalia Norton? —prosiguió la señora Ambross—. Da dos golpes si es «no» y uno si es que «sí».

De pronto, ocurrió un fenómeno que produjo un estremecimiento en el espinazo de

Laura Berner y el propio Aldo Wassermann se sintió inquieto.
La ventana que se había abierto con violencia dio dos fuertes golpes abriéndose y cerrándose, como si la dirección del viento pudiera cambiar súbitamente, los cristales saltaron hechos pedazos.
El juez Cunning, que parecía haber asistido a muchas sesiones, siguió con su cara marmórea a la luz de las velas y del fuego de la chimenea mientras Dorothy Ambross semejaba hallarse en trance, aunque su estado no inspiraba preocupación.
—¿Eres un espíritu muerto? —preguntó Dorothy Ambross con su voz ahora alargada, profunda.
La ventana dio un fuerte golpe.
—¿Sabes dónde está Natalia Norton?
Otro nuevo portazo que resultó impresionante.
—¿Puedes decirle que acuda a la cita? La llamamos, la invocamos, la necesitamos.
El viento se introdujo por la chimenea avivando las llamas, haciendo chisporrotear furiosamente los leños.
Laura sintió un fuerte escalofrío y el vello se le erizó. Aldo quería permanecer impasible, pero era difícil conseguirlo.
De pronto, la médium se inclinó sobre la mesa, ocultó la cabeza entre los brazos y emitió unos rugidos que parecían gargarizantes.
—¿Qué le pasa? —Laura, inquieta, se levantó de su butaca.
—Por favor, no la toquen.
Laura insistió.
—Puede encontrarse mal.
—No, no se encuentra mal. Hágame el favor de salir un momento afuera.
—Oiga, juez, se está usted pasando —le objetó Aldo Wassermann.
—Quéjese a su tía pero no se moleste conmigo, sé muy bien lo que estoy haciendo. No puedo contarles ahora qué es realmente lo que pretendo, pero por favor, háganme caso y salgan un momento al exterior.
—Yo estoy al cuidado de la enferma —protestó Laura.
—No le pasará nada. ¿Cree que el doctor Lugan hubiera confiado en mí de correr ella algún peligro?
—No, pero...
—Salgamos —pidió Aldo a la ayudante médico.
Preocupada, Laura se puso la gabardina y la boina y ambos salieron al exterior.
Al abrir la puerta, la fría humedad de la noche les sorprendió

desagradablemente. Ambos subieron los cuellos de sus respectivas prendas de abrigo.
La noche era oscura y el lugar, nada tranquilizador.
—¿Un cigarrillo? —preguntó Aldo.
—Sí, gracias. No suelo fumar, pero ahora...
Se encendió la llamita del mechero cuando un ruido de pasos sobresaltó a la muchacha.
—¿Quién es?
—Hola, soy el barquero. ¿Ha terminado ya la fiesta? Laura suspiró de alivio.
—Me ha asustado.

—Bueno, es que voy de oscuro y cualquier cosa que surja de las tinieblas de la noche asusta.

—¿Hace mucho tiempo que es usted el barquero de este lugar? —inquirió ahora Aldo Wassermann.

—Sí, hace tiempo, conozco muy bien el río.

—¿Y no cree que es un peligro el viento de esta noche?

—¿Viento, dice? —repitió, sorprendido.

—Sí, esas ráfagas que ha habido.

—¿Ráfagas de viento? En absoluto, yo las hubiera notado. Junto a las aguas es donde más se notan porque el viento resbala sobre el agua. Es como un bote, le agrada navegar por encima del río.

—¿Dice que no ha habido ráfagas de viento? —insistió Laura sorprendida, recordando la ventana rota y el viento que se había metido por la chimenea.

—No, no ha habido ráfagas de viento, lo que sí he oído han sido golpes. ¿Han estado dando martillazos?

—No —contestó Aldo, sin dar más explicaciones.

—Pues yo juraría que he oído martillazos y hasta cristales rotos.

—Se han roto los cristales de una ventana —explicó Laura.

—Ya rae había parecido.

Aldo dio una chupada a su cigarrillo.

—¿Usted ha visto cosas digamos extrañas en esta isla?

—¿Cosas extrañas?

—Me refiero a sucesos que le hayan llamado la atención, que no sean normales.

—La verdad es que yo no dormiría ni una sola noche en ese caserón que es propiedad de su tía. Dicen que ahí dentro se han cometido crímenes horribles, sacrificios humanos.

—¿Tanto como eso?

—Sí, cuentan que hace tiempo, mucho tiempo, quizás siglos, llegaban hasta aquí sectas secretas para celebrar sus ritos de sangre. Es un lugar muy especial.

—¿Mágico? —preguntó Laura.

—Sí, mágico, pero malo, muy malo.

—¿Y cómo es que ha venido usted aquí? —se burló Aldo.

—Porque había más personas, me refiero a ustedes, y porque el juez me ha pagado bien. El dinero hace milagros, pues de lo contrario, siendo de noche, yo no estaría aquí y menos si hubiera luna llena.

—No me diga que habrá vampiros y todo —ironizó Aldo, divertido.

—Vampiros, hombres lobo, lo que quiera. Yo no lo sé, pero si en algún lugar de la tierra hay fantasmas, es aquí.

De pronto, pudieron escuchar un espeluznante maullid
instintivamente a Aldo Wassermann, aquel joven alto, de barba

recortada.
—¿Qué ha sido eso? —preguntó.
—Puede ser un gato montés —opinó el barquero—. La noche está llena de ruidos. La verdad es que cuando se está en compañía se ríe uno de todo, pero si se queda uno solo, cualquier ruido parece algo infernal.
Se abrió la puerta del caserón y en su umbral aparecieron el juez Cunning con la

médium enferma de los nervios que en aquellos instantes se suponía debía estar durmiendo en una cama del Alí Saint's Hospital.
—-Podemos marchar.
—Un momento, juez.
Ante la interpelación de Aldo Wassermann, el juez semejó estirarse más.
—¿Sí?
—¿Quién era Natalia Norton?
—¿Natalia Norton? —Bajó el tono de su voz—. Una de tantas mujeres asesinadas por un monstruo.
—¿Un monstruo? —repitió Laura Berner— ¿Qué clase de monstruo?
—Por favor, no hagan más preguntas, hay que regresar —Miró a Aldo y dijo—: Agradézcale en mi nombre a su tía la amabilidad que ha tenido al cederme esta casa.
El barquero suspiró, había que volver.
—Apagaré el fuego primero —dijo Aldo Wassermann.
—¿No tiene miedo de quedarse solo? —le preguntó Laura.
—No. Antes de que llegaran ustedes ya estaba solo aquí.
—¿Y cómo ha llegado? —volvió a preguntar Laura.
—El barquero me ha traído, ya me esperaba por orden del juez, es decir, esperaba a mi tía, aunque no creo que ella hubiera venido sola a la isla, habría preferido aguardarles al otro lado del río.
—No perdamos tiempo, el viaje es largo —apremió el juez.
—Dorothy, Dorothy, ¿te encuentras bien? —inquirió Laura cogiendo a la paciente por el brazo al verla vacilar.
—No le sucede nada malo, sólo está un poco agotada —puntualizó el juez—. Es algo normal en esta situación. La señora Ambross ha pasado por muchas sesiones de espi- ritismo.
—¿Y por eso está en el manicomio? —replicó, agresiva.
—Señorita, está usted nerviosa y yo la comprendo y la disculpo. No discutamos más; cualquier queja que tenga, expóngasela al doctor Lugan.
Laura se tragó su rabia. ¿Estaría loco aquel juez?

CAPITULO III

Laura Berner no tuvo que esperar mucho en la cafetería, Aldo Wassermann fue puntual. A la luz del día le pareció más atractivo aún, más interesante. La noche en. que se vieran por primera vez estaba demasiado preocupada por su paciente y no le prestó toda la atención que sin duda le habría prestado en otro momento, una atención propia de la mujer que se siente atraída por un hombre joven con el que hubiera posibilidades de aparejarse.

—Hola, Laura.

—¿Tomamos algo aquí?

—Sí, ¿por qué no? He tenido que conducir un buen rato.

—¿De viaje?

—A la isla del río.

—¿Al caserón?

—Exacto.

—¿Buscabas algo?

—He tenido que llevar a un vidriero y a un carpintero para que compusieran la ventana rota.

—¿Valía la pena? —inquirió Laura mientras se acomodaba en una silla frente a una mesita estrecha.

—Yo creo que no, pero mi tía se ha empeñado. No ha querido vivir jamás en ella, pero quiere que todo esté en orden.

—Y la ventana, ¿tenía truco?

—Si lo tenía, yo no he sabido verlo. De todos modos, ya no volverá a abrirse.

—¿Ah, no, por qué?

—Le he pedido al carpintero que ponga unos tornillos largos para sujetar la ventana al marco, conque pase la luz será suficiente. Te aseguro que ni un vendaval volverá a abrirla tal como ocurrió la noche que estuvimos allí.

—¿Qué desea? —preguntó la camarera.

—Una limonada con ginebra —pidió Laura.

—Lo mismo —dijo Aldo.

—¿Crees que volverán a realizar una sesión de espiritismo allí?

—Seguro, en ese caserón se han hecho sesiones de espiritismo durante siglos, me lo ha contado mi tía.

—¿Tu tía heredó la casa?

—Sí, pertenecía a su marido que murió al lustro de estar casados.

—¿Sin dejar herederos?

—Exacto, ella no tuvo hijos y no quiso volver a casarse. Tengo entendido que desperdigadas por todo el planeta hay casas, templos o simplemente lugares como ese caserón de la isla del río que son mágicos como dijo el juez Cunning.

—¿Y tú lo crees?
—Verás, Notre-Dame de París se edificó en un sitio que se consideraba sagrado antes

de que llegara Jesucristo a la vida; también Fátima era ya un lugar sagrado así como otros templos cristianos y de distintas religiones. Las religiones llamémosles modernas, de dos mil años para acá, han aprovechado esos lugares para levantar sus templos. Ahora bien, si me preguntas por qué son sagrados y por qué se dice que tienen magia, no lo sé. En una ocasión oí que por debajo de una especie de castillo monasterio considerado maléfico, pasaban unas vetas de minerales que transmiten no sólo ruidos producidos muy lejos sino también ligeros temblores sísmicos que a poca distancia ni llegan a notarse. Eso hace que los muebles se muevan y algunos piensen que existen fantasmas en tales lugares.

—Tú, a esas situaciones, les das una explicación científica.

—Naturalmente y si no puedo darla siempre es porque me faltan datos o detectores adecuados. Para todo existe una explicación natural y no sobrenatural. Por cierto, ¿cómo se encuentra la paciente, me refiero a la médium?

—Bien, no recuerda nada de lo ocurrido.

—¿Y el doctor Lugan?

—Traté de hacerle entender que era malo para ella, pero me cortó molesto, diciéndome que el psiquiatra era él y no yo, que a la paciente no le ocurría nada y que para ella ser médium era tan natural como para otra mujer ser cocinera o taxista.

¿Taxista, te lo dijo así?

—Sí.

—Pues, tiene mucho sentido del humor ese médico.

—No soy de tu misma opinión.

Bebieron y tras conversar un rato de temas intrascendentes, Aldo propuso:

—¿Te parece que vayamos a visitar a tía Florence?

—¿A tu tía Florence?

—Tengo que ir a decirle que el caserón está bien. De paso, puedes conocerla, es como una madre para mí.

—Pero, yo... —trató de objetar Laura.

—Tú eres una enfermera cualificada y siempre puedes darle un vistazo, a lo peor la están cuidando mal. Además, le gustará verme acompañado, siempre me está pidiendo que me case.

Laura se rió.

—Eso es utilizarme para engañarla.

—¿Engañarla? No, yo no sé si a la corta o a la larga voy a acostarme contigo, perdona, quería decir casarme contigo.

Ella carraspeó ligeramente en tono de reprobación

—A lo peor no desea recibir visitas.

—Ya lo creo que sí. Le llevaremos flores, eso sí, le gustan mucho.

—¿Qué tipo de flores?

—Claveles españoles y margaritas.

En la habitación de la clínica donde se hallaba Florence Wassermann, no podía decirse que le faltara nada. A través de un amplio y apaisado ventana! se divisaba el parque que se hallaba al oeste de la hermosa clínica, si es que una clínica podía considerarse hermosa, ya que dentro de ella se agazapaban la muerte y el dolor.

Una débil sonrisa en el rostro de la enferma fue la expresión de que sí aprobaba el regalo

de las flores que su sobrino le llevaba.
Se quedó mirando a Laura y ésta se sintió algo incómoda. Terminó por sonreír con cara de circunstancias.
—¿Cómo, cómo se llama? —preguntó Florence débilmente.
—Laura, se llama Laura, tía. ¿Te gusta el nombre?
—Sí. —Se volvió hacia ella—. Laura, hija, acércate.
La joven obedeció, aproximándose cuanto pudo a la cabecera de la enferma, pero ella, con un gesto de su mano, pidió más.
Llegó a inclinarse y comprendió que lo que Florence Wassermann deseaba era hablarle al oído.
—Laura, hazle feliz, Aldo vale mucho.
Laura quiso contestar que entre ella y Aldo no había nada, sólo un inicio de amistad, mas pensó que no era bueno desairarla, máxime siendo ella una ayudante de médico psi- quiatra, lo que la obligaba a tener cierta comprensión y dulzura con las pacientes.
—Tiene usted que ponerse buena, señora Florence.
—Llámame tía como él, hija.
—Es que me parece demasiado.
—¿Dejas que te dé un beso?
Aceptó. La mujer tenía un rostro bonancible, no parecía que pudiera haber ninguna ligazón entre ella y el siniestro caserón levantado en mitad de un rio neblinoso, un río de aguas oscuras que no inspiraba confianza ni sosiego.
—¿Qué te ha dicho? —preguntó Aldo cuando ya abandonaban la habitación y a la enferma.
—Bueno, no tiene importancia... ¿Qué le ocurre en realidad a tu tía?
—Tiene muy mal el hígado, no saldrá de ésta.
—¿Lo ha dicho el doctor?
—Sí, es cuestión de días, de semanas, quizás de meses, pero me temo que será de días. Ya has visto que pronto se fatiga, las jaquecas la acosan y le inyectan tranquilizantes. En fin, que está muy mal. ¿No quieres explicarme qué te ha dicho en ese cuchicheo?
—Nada importante.
—¿Nada importante? Entonces, ¿por qué tanto misterio?
—Cosas de mujeres.
—La enfermera que la atiende me ha entregado una nota redactada por mi tía en un momento de lucidez, voy a leerla,
Laura, discreta, no dijo nada y se mantuvo algo distante, pero observó como él fruncía el ceño.
—¿Algo malo?
—Parece que el juez Cunning le ha pedido permiso para celebrar otra sesión espiritista en el caserón.
—¿Y se lo ha concedido?
—Sí, en la nota me pide que atienda al juez Cunning en todo lo que

él indique.
—Es muy atenta con él, ¿no?
—Sí, opino que mucho. Ahora, cuando el juez me llame, tendré que aceptar.
—¿Y si desobedecieras a tu tía?

—No sería bueno, el propio juez Cunning encontraría el medio de hacérselo saber y eso la dañaría. Después de todo, el caserón es suyo y si el juez está loco…
—¿De veras piensas que está loco?
—Eso lo sabrás tú mejor que yo. ¿No andas metida entre locos?
—Estoy en el pabellón de las locas y no me gusta emplear esa palabra.
—¿Crees que hará ir a la médium otra vez?
—Si tiene ganas de volver al caserón, me temo que sí, pero ¿por qué tanto empeño en dialogar con esa muerta, Natalia Norton? No lo entiendo.
—Murió asesinada y él es juez, alguna explicación habrá.
—Sería interesante saber cómo murió Natalia Norton.
—Asesinada, ya lo dijo.
—Sí, asesinada, pero ¿en qué forma?
—No lo sé. ¿Tiene eso importancia?
—Me temo que sí, creo que lo que él busca es averiguar la forma en que fue asesinada.
—¿Y crees que el espíritu se lo va a contar?
—Si ese espíritu existiera…
—Laura, opino que deberíamos olvidarnos de todo este rollo. Vámonos a ver una película de terror.
—¿De terror precisamente, Aldo?
Laura se echó a reír pero aceptó la invitación. Ambos ignoraban las macabras situaciones que a no tardar habrían de vivir.

CAPITULO IV

—Creo, doctor Lugan, que esto no es correcto.

—No insista, señorita Berner, limítese a cumplir lo que le pidan. Si su estancia en el hospital no es de su agrado...

—¿Quiere que pida mi dimisión?

Le miró muy fijamente y el doctor Lugan suavizó su intolerancia, rayana en la agresividad.

—No, no, nada de eso. Es usted una enfermera muy cualificada y competente, pero recuerde que usted no es la psiquiatra.

Laura Berner no veía posibilidades de que el subdirector Lugan cambiase su actitud y si insistía, perdería su empleo en el hospital, cosa que no deseaba.

No era aquél el máximo puesto al que aspiraba, deseaba llegar a formar parte del personal sanitario de una moderna clínica psiquiátrica con régimen abierto y terapia de grupo, pero, de momento, para adquirir experiencia y enseñanzas, el Alí Saint's Hospital le iba muy bien. De todos modos se dijo que cuando llegara el director elevaría su queja.

Preparó a Dorothy Ambross que le sonrió como si fuera una niña, una niña que ya había rebasado el medio siglo de existencia y cuyo rostro tenía más arrugas de lo que podía ser normal a su edad.

Dorothy Ambross se había infantilizado en muchos aspectos y Laura no comprendía las dotes de médium que se le atribuían.

No obstante, el doctor Lugan le había explicado que para ser médium no era preciso ser inteligente, un cretino podía actuar como médium; el que sí debía ser inteligente era la persona que manejaba al médium.

—Pero, ¿cree usted en el espiritismo, doctor Lugan?

—¿Espiritismo? —Se había sonreído—. Digamos que sí acepto que existen determinados seres con mayor sensibilidad, con más sentidos de los que normalmente tenemos. Resulta muy difícil determinar si lo que captan son mensajes del mundo de los muertos o es hiperestesia o telepatía.

—Los médium son más propicios a la locura, a terminar encerrados en un manicomio

—le había replicado Laura, molesta.

—O a terminar alcanzando el poder. Se dice que Hitler era un médium.

—Dios nos libre de que otro ser como ese alcance el poder en alguna parte.

—¿Tenemos que salir esta noche? —le había preguntado Dorothy

Ambross a Laura.
—Si no quieres salir...
—Sí, si quiero, pero...
—¿Pero qué?
—Nada, nada —replicó la enferma, como una niña que se da cuenta de que ha estado a punto de hablar demasiado y que si se descuida pueden descubrir su secreto.
—¿Es que ya no me tienes confianza, Dorothy?
Puso gesto de niña que recibe una reprimenda pero continuó en silencio. Laura quedó intrigada, más no quiso excitarla acosándola a preguntas.

Aguardó a que el juez Cunning llamara por el *walky-talkie* para salir por la puerta de servicios como la vez anterior, pero a la hora prevista no se produjo la llamada. Preocupada, pidió a Dorothy Ambross:

—Quédate aquí, vuelvo en seguida.

La paciente asintió. La sala de recepción de mercancías era grande y la luz débil, amarillenta.

Laura abrió la puerta y miró al exterior. Descubrió un automóvil pero no era el grande y lujoso del juez Cunning.

—¡Uuuuu, soy el Drácula del hospital!

—¡Ah!

El hombre se echó a reír.

—¡Aldo!

—¿Te has asustado?

—¡Tonto!

El alargó su mano, la cogió por la cintura y la estrechó contra sí hasta conseguir besarla en los labios. Laura se debatió pero no por mucho tiempo, la caricia del hombre le gustó.

—Por favor, terminemos, la enferma está...

—Detrás tuyo —dijo Aldo mirando hacia la puerta.

En el quicio pudieron ver el rostro de Dorothy Ambross que les observaba. Era la suya una mirada de niña que ha sorprendido algo que no debía.

Laura iba a decir algo cuando unas luces potentes pero fugaces iluminaron sus retinas.

—Hay tormenta.

—No temas, el trueno aún no se oye —le dijo Aldo, soltándola.

—Con el viento que sopla, terminará lloviendo.

—Subamos al coche.

—¿Y el juez Cunning? —preguntó la muchacha.

—Me ha pedido por teléfono que pasara a buscaros; ya nos encontraremos en el caserón de mi tía.

—¿Y tú haces todos los encargos del juez Cunning?

—No, pero en este caso es la voluntad de mi tía y yo la trato como si fuera mi madre. Por otra parte, desgraciadamente, no va a vivir mucho tiempo y prefiero ceder, pero de antemano te diré que el juez Cunning no me cae bien.

Subieron al coche después de cerrar la puerta del manicomio. Laura se acomodó en el asiento posterior junto a Dorothy Ambross pese a que Aldo Wassermann le había pedido que viajara junto a él, en la parte delantera del vehículo.

Iniciaron la marcha y parte del viaje se llevó a cabo en silencio.

La lluvia comenzó a golpear los cristales con fuerza y Aldo se vio obligado a conectar el limpiaparabrisas y a reducir la velocidad.

—Es muy desagradable conducir de noche y con tormenta —comentó Aldo viendo como la luz de sus faros, al chocar contra la lluvia, perdía alcance y se diversificaba.

—¿No será mejor que regresemos? —preguntó Laura.

—No, ¿por qué?

—¿Y el río?

—Es un río ancho; además, la tormenta es reciente y no creo que el río llegue a desbordarse, no suele ocurrir.

—Pasar el río con tormenta no va a gustarme nada.

—A mí tampoco, pero puede hacerse. Dennis, el barquero, conoce bien el lugar. De todos modos, si vemos que el río baja con un caudal peligroso, regresaremos, pero el caserón, que yo sepa, jamás ha quedado inundado por las aguas.

—Porque está sobre el nivel del río, a una buena altura —puntualizó la joven.

—Sí y la base es rocosa, aunque creo que hay túneles en la roca.

—¿Puede llegarse al caserón sin tener que utilizar la barca?

—Son historias que he oído de pequeño, pero de mayor no he descubierto nada. Quién sabe, a lo mejor hasta hay tesoros ocultos. Con las sectas religiosas que han pasado por el caserón, incluido el convento que antes hubo y que fue arrasado, puede haber algún tesoro escondido.

—Tendrás que comprarte un artilugio de esos electrónicos que dicen que encuentran tesoros —se burló Laura.

—No te rías, esos aparatitos detectan muy bien los metales y quizás sí encuentre algún tesoro.

—Cuando muera tu tía, el caserón será tuyo, ¿verdad?

—Si no lo lega a alguna secta de la cual no tengo noticia ahora, creo que sí.

—¿Y qué harás con él?

—Venderlo y no será sencillo. Está situado en un lugar difícil, sin luz eléctrica y tiene fama de maldito; en fin, es todo un poema, pero de los trágicos, claro está que siempre puedo poner un anuncio en el periódico anunciándolo como caserón mágico apto para toda clase de experiencias espiritistas y parapsicológicas y para filmar películas de terror. Es posible que entonces sí sea rentable.

—¿Bromeas?

—En absoluto, si se trata de sacarle una rentabilidad hay que hacerlo por ese camino.

—Sí, claro, aunque creo que lo mejor sería arrasarlo y poner en la isla un campamento de verano fijo.

—No olvides que, por lo que dice la historia y yendo más lejos, la leyenda, lo mágico no es el caserón en sí sino la isla. No importa lo que se edifique o destruya, el lugar siempre tendrá¯algo excepcional que yo realmente no sé de qué se trata.

—Supongo que será interesante ser propietario de un lugar tan singular.

—Parece ser —dijo él, siempre atento a la conducción— que

crea amistades, aunque también es cierto que esas amistades son un poco especiales, claro que tú pareces sentirte a gusto entre… —Se calló al ver por el espejo retrovisor el rostro de Dorothy Ambross, la paciente del manicomio.

Ella, como comprendiendo lo que él había querido decir, le sonrió mirándole y a Aldo le pareció que aquel rostro adquiría un extraño y fantasmagórico aspecto de gato.

Un claxon le avisó casi con ferocidad de que había estado a punto de la colisión. Las luces pasaron raudas junto al coche, medio cegándole a causa de la lluvia.

—¿Nos estrellaremos, Aldo? —preguntó Laura sin nervios.

El hombre se dio cuenta de que el peligro había surgido a causa de su distracción al mirar la cara de la médium psicópata a través del espejo retrovisor.

—No, no creo —respondió, aminorando la velocidad.

Cesó de llover cuando arribaron al pequeño embarcadero del río, un lugar que sólo quien lo conociera de antemano podía hallar en mitad de la noche, una noche de tormenta.

—No está —musitó Laura.

Aldo admitió:

—Es cierto, el barquero no está.

CAPITULO V

Aldo Wassermann había tomado la decisión de hacer sonar el claxon con insistencia.

—¿No habrán venido por la lluvia? —inquirió Laura.

Aldo señaló hacia el caserón, medio escondido entre los árboles.

—Dentro hay luz. Se ve poco porque son luces de velas, pero hay alguien en la casa.

—Es cierto —admitió ella.

—Lo siento —dijo de repente Dorothy Ambross.

Ambos la miraron. La mujer parecía a punto de entrar en trance, iluminada por las luces del coche.

Pudieron oír claramente el ruido del motor del bote. El barquero navegaba ya hacia ellos, venciendo la corriente del río que descendía más caudaloso, arrastrando incluso grandes ramas desgajadas por la tormenta. El viento seguía siendo de temer.

—Eh, ¿al fin han llegado?

—No hemos llegado tarde, Dennis —le objetó Aldo.

—Vamos al bote, el juez está esperando.

A Laura le intrigó aquella prisa. Había tantos misterios... ¿Sabrían realmente alguna vez lo que buscaba el juez Cunning? ¿Acaso era un loco?

No, no podía serlo; el doctor Lugan, que era psiquiatra y subdirector del manicomio, lo habría descubierto.

El bote, pese al motor, acusó la fuerza de las aguas y se balanceó al tratar de cruzarlas en oblicuo, inclinándose a estribor.

—Menudo cascarón, veremos cuando compran otro nuevo —se quejó el barquero.

Consiguió llegar al embarcadero cuando ya parecía que iba a pasar de largo. Con habilidad, lanzó una amarra al poste de sujeción del pequeño muelle y todo el bote sufrió una brusca sacudida.

Laura tuvo la impresión de que iba a caer a las oscuras y heladas aguas que terminarían por engullirla como un monstruo siniestro.

—Listos. Les aseguro que antes ha sido peor, mucho peor.

Laura pensó que el barquero hablaba de aquella forma porque en el viaje anterior, al transportar al juez Cunning, había tenido que luchar también contra la lluvia, una lluvia que ahora no caía sobre ellos.

Las luces de los relámpagos podían verse rasgando la oscuridad del cielo, pero los truenos eran lejanos, muy lejanos aún.

Aldo ayudó a Dorothy Ambross y a Laura a descender del bote, pues existía el peligro de que moviéndose éste como se movía a

causa de la fuerte corriente, cayeran al agua.

—Podrían poner una luz aquí —se quejó Laura.

—Ya tenemos este farol —respondió el barquero—. Además, tenemos el faro de proa que ya es mucho. No sé por qué maldita razón la mayoría de las visitas que vienen a este viejo caserón acuden de noche, cuando las visitas a los castillos y monumentos se hacen de día en todas las partes.

Subieron por la pendiente.

La lluvia podía comenzar a caer de nuevo y pese a ser una lluvia invernal, era

tormentosa. Grandes nubarrones trataban de oscurecer el cielo; sin embargo, la luz lunar traspasaba la capa de nubes y llegaba cierta claridad hasta ellos.

Dennis, el barquero, comentó:

—Y menos mal que hoy es luna llena.

—¿Luna llena? —repitió Laura volviéndose hacia el barquero, un tanto sorprendida por aquella revelación.

—Sí, luna llena. Están los nubarrones muy cerrados, pero si se abrieran vería que la luna esta noche es grande y redonda.

—¿Qué te ocurre, Laura?

—Nada —respondió evasiva a Aldo, pero sin poder ocultar su desagrado.

—¿Es que no te gusta la luna llena?

—Me gusta la luna llena, pero...

—¿Qué?

—Por lo que he leído, muchos aficionados a la brujería emplean el plenilunio para sus estupideces.

Aldo efectuó una leve presión sobre el brazo de Laura y ésta atendiendo a la indicación, se volvió lentamente.

Siguiendo la mirada del propio Aldo, pudo ver a Dorothy Ambross con el rostro levantado hacia el cielo. Sus ojos semejaban buscar el plenilunio oculto tras las nubes cargadas de agua y electricidad.

—Vamos, vamos, que puede llover —apremió Laura Berner a la paciente, cogiéndola por el brazo.

Cuando llegaron a la puerta del caserón, ésta se hallaba cerrada.

Aldo sostenía la llave entre sus dedos cuando la puerta se abrió de repente, sorprendiendo a Laura que tuvo un movimiento instintivo de rechazo.

El juez Cunning les recibió portando en su mano un candelabro de tres brazos, un candelabro pesado.

—Buenas noches a todos, pasen.

Entraron en el viejo caserón.

Algún trueno lejano llegaba hasta ellos y parecía que allí dentro el fragor aumentaba de intensidad, como si se convirtiera en una caja de resonancias.

Aldo Wassermann ya se creía hecho a todo pero tragó saliva al ver como había sido dispuesto todo.

Laura se puso lívida; no esperaba hallarse con nada semejante, aquello rebasaba todo lo imaginable.

CAPITULO
VI

La mesa redonda y pulida se hallaba debidamente preparada y a un lado, en forma casi tangente, había un ataúd cerrado, colocado sobre otra mesa recubierta con una cortina arrancada de alguna parte y que mantenía el féretro en alto.

Detrás del ataúd había un caballete de pintor grande y sujeto al mismo, un óleo de tonos oscuros.

El cuadro representaba a un ser con capa y sombrero de copa. En su mano esquelética brillaba un cuchillo del que semejaba gotear sangre.

El rostro de aquel ser era horrendo, casi una calavera, espeluznaba nada más verlo. Cualquiera hubiera dicho que se trataba de un ser vivo si se ocultaban las márgenes del cuadro.

—¿Qué significa esto? —gruñó Aldo, sombrío.

El juez Cunning no parecía dispuesto a ceder ni a bromear. Sus ojos revelaban una idea fija.

—La sesión que celebramos cuando tuvimos el placer de conocernos fue imperfecta, habrá que hacer algunas correcciones.

—Juez, creo que se ha pasado. ¿Por qué ha traído ese ataúd?

—Es necesario.

—¿Y ese horrible cuadro también? —preguntó Laura.

—Sí, totalmente necesario. Ya sé que ustedes no lo entienden, pero algún día lo comprenderán.

—Juez, creo que debe hacerse visitar por un psiquiatra —le recomendó Aldo.

—Joven, si no fuera usted el sobrino de la señora Wassermann, le pediría que se marchase.

—Dígalo y quien se va a marchar de aquí con todos sus bártulos macabros será usted.

El juez se estiró ante aquella amenaza; más, debió recordar que Aldo iba a ser el heredero y aflojó la tensión.

—No deseo ninguna violencia. Su tía es muy gentil conmigo al permitirme llevar a cabo mis experiencias.

—¿Qué es lo que pretende usted realmente?

—Hallar al culpable del asesinato de Natalia Norton.

—¿Y espera encontrarlo con una sesión de espiritismo?

—El asesino de Natalia Norton está en la cárcel, cumpliendo condena de cadena perpetua —explicó con gravedad.

—Si usted u otro compañero suyo lo enviaron a la cárcel, ¿por qué intenta confirmar ahora su culpabilidad con una sesión de espiritismo? —interrogó Laura.

—Yo fui quien firmó 1a sentencia y no sólo la que condenaba al asesino de Natalia Norton; pero, ahora sería muy largo de contar.

Sólo les pido el máximo de respeto y nada de burlas. Si no creen yo no se lo reprocho, pero por favor, no perturben la sesión. Me ha costado muchos esfuerzos preparar la de hoy.
Ni Aldo ni Laura supieron qué responder.

Se miraron y luego semejaron encogerse de hombros. No obstante, Laura puntualizó cortante:
—Si la paciente sufre una crisis intervendré como es mi obligación.
—No intervenga sí no se lo pido yo —le advirtió el juez—. Usted no es psiquiatra, sólo es una ayudante, una simple enfermera.
La frase «simple enfermera» hirió profundamente a Laura Berner pero apretó los labios y se contuvo sin dejar escapar por entre sus labios todo lo que le venía a la boca.
—Empieza a llover —observó el barquero desde la puerta.
—Eche más leña a la chimenea, deseo que tengamos un buen fuego —pidió el juez Cunning.
—Sí, eso caldeará este maldito caserón —gruñó el barquero que atendía las órdenes del juez Cunning como si éste fuera el propietario y no Aldo Wassermann que si bien no lo era todavía, acabaría siéndolo a la muerte de su tía.
Mientras el barquero avivaba el fuego, se acomodaron alrededor de la mesa. El juez Cunning se sentó junto a Dorothy Ambross que quedó encarada con el cuadro, mirándolo directamente.
—No, no le temo.
—Si se siente a disgusto —le dijo Laura— podemos cambiar de sitio. Por su parte el barquero preguntó:
—¿Qué hago yo?
—Siéntese cerca de la chimenea y no diga nada —le exigió más que pidió el juez Cunning, un hombre acostumbrado a mandar.
El barquero se sentó de espaldas al juez y tomando una rama encendida de la chimenea, prendió fuego a un cigarrillo.
—¿No podría fumar yo? —inquirió la médium.
—Sí, claro.
El juez Cunning sacó de su bolsillo una boquilla y una cajita de cartón estrecha y larga dentro de la cual había dos cigarrillos.
Puso uno en la boquilla y se la entregó a Dorothy Ambross, ofreciéndole al mismo tiempo el fuego de su encendedor.
Laura olfateó el aire y dijo:
—Eso que fuma la señora Ambross no es tabaco.
—Tranquilícese, señorita Berner, ve usted fantasmas por todas partes.
—¿Qué es? —insistió.
—Usted ha vivido muy poco aunque crea haber vivido mucho, aunque trabaje como enfermera en un manicomio.
—No pretendo pasar de lista, pero la señora Ambross no fuma tabaco.
—Es cierto. La señora Ambross, por si usted no lo sabía, en su vida de médium ha estado en Hong-Kong, en Tailandia, en el Brasil, en

infinidad de lugares. Usted la toma por una infeliz, pero es una mujer que, aún careciendo de cultura, ha viajado mucho.
—¿Y qué quiere decir con eso?
—Que en esta clase de viajes se adquieren hábitos, costumbres difíciles de quitar.
—¿Y que llevan a los drogadictos al manicomio?
—No discutamos; hay costumbres que son tan antiguas como el hombre mismo, como la

prostitución de la mujer.
—¿Sus palabras tienen una doble intención? —inquirió Laura entre agresiva y defensiva.
—No, señorita Berner, se empeña usted en mantenerse exageradamente recelosa. Yo sólo le pido respeto a las circunstancias. Habrá de admitir usted que no tenemos por qué exigir que el prójimo sea como nosotros mismos, eso no lo puede exigir ni siquiera la sociedad.
—¿Y usted que ha sido juez habla de esa forma? —se asombró Laura.
—Por haber sido juez he llegado a la máxima flexibilidad. Cuanto más seguro estaba de impartir justicia, más cerca me hallaba de cometer un error.
—Y toda esta comedia macabra, ¿para qué? —preguntó Aldo, interviniendo.
—Puede calificar esta situación como mejor le parezca y estoy seguro de que se burlaría si le explicara lo que pretendo, por ello prefiero que sean las circunstancias las que manden.
Miró a Dorothy que iba consumiendo su cigarrillo.
—Es un opiáceo, ¿verdad? —inquirió Aldo. El juez Cunning no respondió.
—¿Se encuentra bien, señora Ambross?
—Sí, muy bien, muy bien —dijo lentamente.
—Entonces, ¿iniciamos la sesión?
—Cuando usted quiera.
El juez le quitó la boquilla con el resto del cigarrillo y lo arrojó a la chimenea.
—Invoque la presencia de Nataly Norton.
La señora Ambross aspiró hondo y luego semejó transfigurarse. Con la mirada perdida llamó:
—Nataly Norton, Nataly Norton, te suplico que te presentes ante nosotros... Nataly Norton, tú que estás entre los muertos, tú que no tienes la paz eterna, acude a nuestra llamada...
Repitió la invocación varias veces hasta que, bruscamente, la ventana que Aldo hiciera atornillar se abrió con violencia.
El estrépito fue terrible, los cristales saltaron hechos pedazos y el aire azotó todo lo movible dentro del caserón, apagando varias de las velas.
—Dios mío —exclamó Laura.
Aldo Wassermann quedó tenso y sorprendido. Hubiera jurado que aquella ventana no podía abrirse, claro que siempre cabía la posibilidad que durante la ausencia alguien hubiera quitado los tornillos con un destornillador.

El juez Cunning continuaba impasible, como si lo que sucedía fuera algo natural para él.
—¿Nataly Norton, estás aquí?
La llamada habría de tener una sorprendente y terrorífica respuesta.
La tapa del ataúd se abrió con violencia, como incapaz de contener una fuerte presión que se hubiera desarrollado en el interior del féretro.
El susto que se llevó Laura fue grande y el terror la invadió cuando nada más abrirse el ataúd, el ser que yacía dentro se dobló por la mitad, levantándose hasta quedar sentado. Y aquel ser esquelético, de largos cabellos rubios ajados por la corrupción, era horripilante.

—Síííí...
Laura semicerró los ojos pensando que iba a desmayarse. Aldo increpó al juez.
—¿Hacía falta todo este montaje?
—No es un montaje. Esos son los despojos de Nataly Norton que esta noche han sido sacados del cementerio.
Incrédulo, Aldo miró a la muerta que volvió a tenderse dentro del ataúd. Sus ojos estaban vacíos y los dientes seguían en su sitio, pero era horrible mirarla a la cara.
—Nataly Norton, ¿me escuchas? —preguntó Dorothy Ambross con su voz alargada, una voz que en algo se parecía a la de la propia muerta.
—Sííí...
Laura suplicaba:
—Basta, Dios mío, basta.
Aldo se levantó para acercarse al ataúd, pero la mano del juez lo sujetó.
—No la toque, podría abandonarla el espíritu y nos quedaríamos sin conocer la verdad.
—¿Qué verdad? —se revolvió Aldo.
—Saber quién fue su asesino. Señora Ambross, pregúntele quién la mató.
—¿Quién te asesinó, Nataly Norton, quién te asesinó?
Tras ellos, el barquero se hallaba como atónito y no osaba articular palabra.
De los despojos humanos, de los restos de Nataly Norton que en vida había sido muy hermosa, hallando la muerte en plena juventud, brotó un quejido casi ululante.
Aldo se contuvo, él mismo comenzaba a dudar.
—¿Quién te asesinó, Nataly? —insistió la médium.
Un hedor insoportable invadió el caserón, Laura sintió unas náuseas incontenibles.
—¿Quién te asesinó, Nataly Norton?
Con la misma violencia con que se abriera, el ataúd se cerró y la tormenta estalló sobre ellos, era como si el propio caserón se convirtiera en pararrayos. Los truenos lo hicieron retumbar hasta sus cimientos y en medio del fragor se escuchó una carcajada larga y lacerante que se introdujo por los intersticios del caserón.
Laura creyó que se le helaba la sangre y fue incapaz de ponerse en pie, las rodillas no le obedecían.
La tormenta semejaba haberse metido dentro del mismísimo caserón.
Todos miraron el cuadro del maligno ser que seguía amenazante con el enorme cuchillo manchado de sangre. Cualquiera hubiera dicho que estaba vivo, que el pintor había

tenido el poder de dar vida a su obra.
Aldo Wassermann no pudo resistir más y llegó hasta el ataúd.
Cogió la tapa con sus manos y trató de levantarla, pero ante su sorpresa, no lo consiguió.
—¡Abra ahora mismo este ataúd, juez Cunning! El juez ni se movió de su asiento.
—Imposible.
—¿Por qué?
—No tengo la llave.
—Entonces, ¿cómo se ha abierto antes?
—No tengo la explicación que a usted podría satisfacerle.

—Usted lo ha preparado todo, esto es una farsa macabra y no sé con qué objeto lo ha hecho.
—Lo ha estado oyendo todo el tiempo, joven. Quiero saber quién mató a Nataly Norton.
—¿Y ese cadáver corresponde efectivamente a Nataly Norton?
—Sí, ese esqueleto momificado es Nataly Norton, puede estar seguro de ello.
—¿Y pretende que una muerta le diga quién la asesinó?
—¿No ha oído que respondía?
—Estoy dudando entre qué es lo cierto y qué lo fantástico pero incierto. Todo esto es una farsa macabra, no puede dársele otro calificativo.
Dorothy Ambross se había volcado sobre la mesa y babeaba entre ligeras convulsiones.
Laura la interpeló:
—¡Señora Ambross, señora Ambross!
Dorothy no respondía y la propia Laura se sentía incapaz de realizar ningún esfuerzo.
—Déjela tranquila —pidió el juez— no le sucede nada malo. Permanecerá así durante un cierto tiempo, luego caerá en un sueño profundo y mañana habrá olvidado.
—Es usted perverso, juez Cunning —le acusó Laura.
El juez se levantó sin, al parecer, molestarse por lo que Laura pudiera decirle.
—¡Dennis, vaya a preparar el bote!
Dennis se había quedado con los ojos muy abiertos y la mirada perdida mientras los truenos seguían bombardeando la casa. Las carcajadas ya no se oían y en aquellos momentos hubiera resultado difícil asegurar si las carcajadas habían existido o no.
—¡Dennis! —interpeló el juez con voz seca.
El barquero no respondía. El juez avanzó hacia él y lo abofeteó con dureza. La cabeza del viejo se ladeó bruscamente y después pareció reaccionar.
—¿Por qué, por qué me ha pegado? —brincó, iracundo —. ¡Hijo de perra! Aldo tuvo que intervenir sujetando al barquero.
—Tranquilo, le ha abofeteado porque se había quedado como hipnotizado —le explicó Aldo mientras lo sujetaba trabajosamente.
—
¿Hipnotizado yo? Aldo lo soltó.

—Sí, eso puede suceder sí se miran fijamente las llamas de una fogata. El barquero se calmó, frotándose los ojos.

El juez Cunning no agradeció ni siquiera con la mirada la intervención de Aldo que había evitado que el barquero le golpease.

—Dennis, si no sigue dormido aún, vaya a ver si el bote está bien. Esta noche no puede hacerse más en este caserón.

—Sí, sí —aceptó el barquero como cogido en falta, avergonzado de su actitud como si se hubiera embriagado en la boda de un amigo. Salió a la noche tormentosa.

—Ha empleado usted demasiada violencia con ese hombre, juez.

—No me lo reproche, Dennis estaba trastornado. He visto esa cara de idiotez en otras ocasiones, el miedo provoca un shock nervioso y es malo dejarles que sigan en ese estado.

—Por lo que veo, está acostumbrado a provocar miedo, juez.

—No diga estupideces, usted es un hombre inteligente. Yo he asistido a sesiones en que se invoca a los muertos y sé lo que ocurre, no siempre, claro, porque muchas sesiones se basan en el trucaje al carecer de un buen médium.

—Y usted ha conseguido localizar a una, ¿no es eso?

—Sí. Dorothy Ambross es una excelente médium, muy superior a lo que yo había sospechado. Conseguir hacer hablar a una muerta de hace dos años, no lo había visto jamás. He presenciado la aparición de espectros, incluso la transformación del médium en el espíritu invocado, muchas cosas sorprendentes e increíbles, pero no lo de esta noche y a pesar de ello, la sesión ha sido incompleta, aún no sé quién es el asesino de Nataly Norton.

—¿Cómo ha podido traer aquí el ataúd con la muerta? —preguntó Laura.

—Sacándola del cementerio —respondió con frialdad.

—¿Utilizando su cargo?

—No, y no insista en preguntar al respecto. Me juego mucho, pero mucho más es lo que pretendo conseguir. Hasta siete mujeres murieron de la misma forma que Nataly Norton, otros tantos hombres fueron condenados por los crímenes y yo estoy seguro de que no fueron ellos; sin embargo, los distintos jurados los condenaron porque las pruebas eran abrumadoras. Evidentemente, esos crímenes no se produjeron en una misma noche si no en espacios de tiempo dilatado, han pasado años entre unos y otros y yo los he ido siguiendo con apasionamiento. He exigido a la policía en cada ocasión que la investigación fuera minuciosa y el caso siempre ha terminado igual, condenando al autor material del crimen.

—¿Al autor material, dice? ¿Acaso usted busca al inductor? —preguntó Aldo, mirándole a él y luego al cuadro.

—Exactamente. Los culpables sobre los cuales ha recaído el peso de la ley nunca han sabido explicar lo sucedido.

—¿Y usted está obsesionado porque cree que todos los crímenes tienen el mismo móvil?

—preguntó Laura.

—Así es. He esperado muchos años y ahora que tengo tiempo, ahora que estoy jubilado, ahora que puedo cometer hasta irregularidades, seguiré adelante hasta que lo encuentre.

Laura, impresionada, musitó:

—Todo esto me parece una locura.

La puerta del viejo caserón se abrió de golpe, con violencia, al tiempo que un relámpago unido al trueno que producía, les cegaba y ensordecía.

Fue como si acabaran de abrir las puertas del infierno. Afuera, el aguacero era torrencial y los relámpagos y truenos, continuos.

—¡No está! —gritó Dennis en el umbral de la puerta, silueteado por la luz vivísima de los relámpagos.

—¿No está el qué? —inquirió el juez Cunning.

—¡El bote, se lo han llevado las aguas!

CAPITULO VII

El viento entraba por la ventana alta y rota pese a la restauración. Se oía el ruido de la lluvia golpeando el tejado, los ventanales, incluso la tierra puesto que caía torren- cialmente.

Los leños crepitaban en la chimenea mientras ardían vivamente y era el único ruido agradable porque también se podían oír miles de sonidos siniestros que eran como de un temblor de toda la casa en aquella noche tormentosa de plenilunio. Una fuerte sensación de pesadez semejaba haber descendido sobre los allí reunidos.

—Se ha dormido —observó Laura mirando a Dorothy Ambross.

—¿Ve como no ha hecho falta inyectarle nada?

—Se ha dormido porque ha fumado el opio que usted le ha dado —puntualizó Aldo.

—Yo no he dicho que fuera opio —rechazó el juez.

—No, no lo ha dicho porque no le gusta comprometerse, pero ya está comprometido hasta el cuello. Seguro que se ha traído esos despojos humanos hasta aquí sin ninguna clase de permiso legal.

—¿Por qué quiere incordiarme?

—Es usted un ladrón de cadáveres, un ladrón de cadáveres ritualista, porque lo que ha hecho esta noche aquí es un ritual.

—¿No se ha convencido aún de que ha sido una realidad y no una farsa?

—No, no me he convencido, soy muy escéptico. El cuerpo podía tener algún muelle, algún resorte oculto.

El juez Cunning se echó a reír, era la primera vez que reía.

—Ese cuadro me estremece sólo mirarlo —murmuró Laura.

—¿Qué va a hacer—le preguntó el juez, perplejo.

Impelida por una súbita decisión, Laura arrancó una de las cortinas y con ella cubrió el cuadro diciendo:

—No resisto verlo más.

—Hace bien en no querer mirarlo. Es un monstruo asesino y usted podría ser su próxima víctima.

—¿Por qué trata de meter el miedo en los demás?

El grito que resonó en aquellos instantes en todo el caserón fue más que espeluznante. Era un grito de dolor, de pavorosa agonía.

Todos se revolvieron a excepción de Dorothy Ambross que dormía profundamente.

—Ha sido arriba.

Aldo señaló hacia la escalera, pues el caserón se componía de sótanos, planta principal, piso y luego un amplísimo desván en el que en aquellos momentos el agua entraba a chorros.

—Pero, ¿qué ha sido? —preguntó Laura.

—¿Quién sabe? —rezongó el juez.

Aldo corrió hacia la escalera en la que apenas había luz.
—Aldo ten cuidado.
Aldo parecía no oír la voz de Laura pidiéndole precaución.
Subió los escalones a saltos, estaba seguro de que el grito de horror y agonía se había

producido arriba.
—¡Aaaaaaaah!
De repente surgió ante él una sombra oscura y alta. Aldo Wassermann supo desde el primer instante que aquel ser blandía un cuchillo.
Se hizo a un lado esquivando una posible cuchillada. Alargó la pierna y el ser que se precipitaba contra él con el cuchillo en alto saltó por el aire y cayó escaleras abajo.
Laura gritó. Dorothy Ambross seguía durmiendo y Dennis, el barquero, se acercó al caído. El juez también se aproximó y Aldo descendió a saltos por la escalera.
—¿Cómo está?
—Debe haberse roto algún hueso —observó el juez Cunning.
—El cuchillo está manchado de sangre
—gruñó Dennis. Laura se acercó, venciendo su propio miedo.
—Déjenme —pidió. Examinó al hombre caído y dijo—: Está manchado en sangre, pero no tiene heridas abiertas. Debe estar bajo los efectos de un shock traumático.
Fue en busca de su bolso y preparó una inyección que le aplicó en un brazo. Poco a poco, el caído volvió en sí, fue como si despertara de un profundo sueño.
Pudieron ver que se trataba de un joven alto y delgado, de cabello rubio oscuro y sin afeitar, no porque llevara barba sino por un desaliño general.
El cuchillo seguía en el suelo y el juez Cunning le preguntó con gravedad:
—¿Qué ha hecho con ese cuchillo?
—¿Yo?
—Sí, lo llevaba en la mano —le dijo Laura.
—No, no, no quiero recordar —farfulló mientras se cogía la cabeza entre las manos, como obsesionado por una jaqueca insoportable.
—¿Quién eres, qué haces aquí? —le preguntó Aldo, tuteándole.
—¡No quiero recordar!
—¿Lo ato por si acaso, juez? —preguntó Dennis.
—Sí, átele las manos a la espalda y siéntelo en una silla.
Aquel joven tuvo un gesto de violencia pero fue contenido por Aldo y Dennis que le sujetaron; luego, semejó derrumbarse, quizás también por los efectos del tranquilizante que le inyectara Laura.
Dennis lo ató a la silla con las manos a la espalda frente a la mesa, sin más violencias.
—No toque esa navaja —ordenó el juez a Aldo cuando éste iba a cogerla del suelo.
—¿Prueba fundamental?

—Seguro. Ese joven ha matado a alguien, posiblemente a una mujer y si lo ha hecho, habrá sido de forma horrible.
Aldo buscó la mirada del juez en la que se reflejaban las llamas de la chimenea.
Se apartó de la navaja que se hallaba al pie de la escalera y comenzó a subir los peldaños despacio.
—Aldo, ¿qué vas a hacer? —le inquirió Laura.
—Voy a comprobar si lo que ha dicho el juez es cierto.
—Te acompaño.
—Es mejor que no vaya, señorita Berner —le aconsejó el juez.
—Iré, soy una profesional de la medicina.

Subieron juntos al piso.
Aldo fue abriendo una por una todas las puertas. Apenas se veía y en cada estancia tenía que iluminarse con la llama de su encendedor.
—Nada.
—¡Dios mío! —exclamó Laura cuando abrieron la más pequeña de las habitaciones.
Allí, sobre una vieja y húmeda cama, yacía un cuerpo joven de mujer, desnudo y horriblemente ensangrentado, abierto desde el bajo vientre hasta la base del esternón. Aldo tuvo que cerrar los ojos.
—Qué carnicería, está abierta en canal como una res.
—¡Qué horror! ¿Por qué lo habrá hecho?
Aldo, lleno de furia, salió de la habitación balanceándose de lado.
Alcanzó la escalera como si estuviera ebrio y bajó por ella arremetiendo contra el juez al que cogió por las solapas de la chaqueta.
—¿Cómo lo sabía, hijo de perra, cómo lo sabía?
El juez acusó en el primer instante la violencia que Aldo llevaba consigo. Este era más atlético que él, más fuerte, muchísimo más joven, una pelea era completamente inútil.
—Suélteme.
—Debería golpearle como usted hizo con Dennis.
Dígame, ¿cómo lo sabía? Laura intervino:
—Por favor, Aldo, suéltalo.
Lo soltó, expulsando el aire por la nariz con mucha fuerza.
—Yo no sabía que hubiera nadie en este caserón, pero conozco la maldición de ese cuadro, ha ocurrido otras veces. Nataly Norton murió asesinada por su amante, la encontraron en la cama, abierta por el vientre y con las vísceras fuera, horrible, ya lo sé. pero ella no ha sido la única. Sólo he deducido y he acertado.
Aldo se acercó al joven rubio que tenía los ojos enrojecidos. Le cogió por las orejas y le levantó.
—Dime, ¿la has matado tú?
—Sí, sí, y no sé por qué, no lo sé, lo juro. Me ha empezado a zumbar los oídos y cuando me he dado cuenta, ella gritaba y gritaba y yo, yo tenía la navaja en la mano. No sé cómo he podido hacerlo, no lo sé, lo juro, yo la amaba, la amaba... —repetía preso de una crisis nerviosa.
—Dime, ¿conoces al juez?
—¿Al juez, qué juez?
—¿Por qué estabas en este caserón?
—No tenemos donde vivir, vagabundeábamos por ahí, descubrimos este caserón y vinimos.

—¿Cómo?

—En un tronco, lo juro, fue muy divertido. Parecía todo tan salvaje en un mundo tan planificado y burocratizado, con tantas y tantas instancias, que navegar sobre un tronco en busca de un caserón deshabitado fue emocionante. Lo pasamos muy bien, nos ha servido de refugio, pero esta casa está maldita, mil veces maldita, ojalá no hubiéramos encontrado el tronco…

El juez Cunning, recuperado su empaque, se acercó despacio, como dando por

olvidado el incidente con Aldo y como si conociera la historia sentenció:

—Se han refugiado aquí creyendo hallar la felicidad y se han encontrado con el horror y la muerte.

CAPITULO VIII

El amanecer se hizo largo, parecía casi eterno. Hacía frío y seguía lloviendo. Aldo acompañó a Dennis a ver el pequeño muelle.

—El río baja crecido —observó el barquero.

—Si, ya veo.

Las aguas habían llegado al nivel superior del embarcadero y si subían más, éste desaparecería bajo las aguas, aunque no sería la primera vez que aquello ocurriera.

—Creo que ni con bote podríamos salir ahora de la isla.

—Sí, el bote no podría remontar esta corriente.

—¿Cómo cree que podremos salir de aquí?

—No lo sé, no hay teléfonos y nadie suele acercarse por acá.

—¿Vive usted solo, Dennis?

—Sí.

—Malo.

—Mis amigos de! pueblo, si ven que no regreso, pueden venir por aquí.

—Eso sería lo mejor, claro que alguien podría intentar llegar a la otra orilla y luego dar aviso.

—Con esta crecida, sería un suicidio. Además, el agua está helada y no aguantaría ni cinco minutos dentro del río sin sufrir una paralización de los músculos, eso es muy malo.

—Lo sé, pero habrá que ir pensando algo. No vamos a quedarnos aquí para siempre y sin agua.

—Si para de llover, el agua puede bajar en veinticuatro horas.

—A pesar de todo, es mucho tiempo, no tenemos ni con qué alimentarnos.

—Veinticuatro horas pasan pronto, claro que pasarlas con una muerta momificada y otra muerta despanzurrada en la cama y el asesino entre nosotros, aunque esté atado a una silla...

—Sí, no es un panorama muy feliz. Lo mejor sería marcharse de aquí.

—Esperemos que pronto deje de llover. De todos modos, en el caserón estamos seguros, jamás ha llegado el agua al suelo del porche.

—¿Y a los sótanos?

—No lo sé.

—¿Qué hay en los sótanos?

—No me interesa averiguarlo.

—Está bien, volvamos a la casa.

Caminando bajo la lluvia, regresaron al caserón que pese a ser de día se veía umbrío debido al cielo totalmente cubierto por las nubes de la tormenta.

Al llegar a la casa, descubrieron con sorpresa que el joven asesino estaba libre. Sentado ante la mesa, bebía un vaso de agua.

—¿Y la navaja? —preguntó Aldo al juez en voz baja.

—Guardada. ¿Han descubierto alguna forma de pasar el río?

—No, por ahora. Fue una imprudencia venir anoche con la tormenta.

—Es cierto, fue una imprudencia, pero ahora ya he podido comprobar por mí mismo la

influencia del cuadro sobre los demás.
—Me temo que está usted loco, juez. Yo no puedo creer que un cuadro tenga el poder de convertir a un hombre normal en un asesino.

—Lo crea o no, es así.

—La policía detendrá a ese joven y la justicia lo sentenciará. Si me apura, lo darán por loco, pero él y no otro es el | culpable. ¿O va a pretender llevar el cuadro ante un tribunal?

—Así debería hacerse, pero sé que no lo comprenderían. Me costó mucho seguir la pista de ese cuadro anónimo, pero no se sabe quién lo pintó ni a quién refleja. Todo es un misterio, pero el cuadro existe, tiene vida y poder aunque ningún jurado lo tomaría en serio.

—Explíquese un poco más —le pidió Laura.

—Todos los asesinos juzgados y sentenciados por crímenes horrendos iguales al cometido por este joven, contaron haber sufrido un dolor de cabeza insoportable, zumbidos y alucinaciones. Después de asesinar a sus respectivas víctimas, se habían sentido como liberados pero al mismo tiempo horrorizados.

—Si usted mismo admite que un jurado se reiría...

—Sí, porque no sabrían ver lo que yo he visto al examinar los distintos casos. Se parecían demasiado y, sin embargo, el asesino era diferente. Busqué y busqué y averigüé que en todos los casos estaba cerca ese extraño y maldito cuadro.

—¿Y cómo se hizo con él?

—Lo compré en una subasta y, contra lo que puede imaginarse, pagué un precio alto por él.

—No me diga que pujaron mucho.

—Sí, hay demasiadas sectas satánicas que quieren iconografías para sus capillas. Conseguí hacerme con él y busqué su historia, consulté a afamados técnicos y nadie ha sabido decirme de qué pincel procede; lo único que sé es que fue pintado el siglo pasado y eso tampoco es seguro. Según un examen radiográfico, el lienzo ha sufrido muchos retoques de aficionados y de artistas auténticos que quisieron hacer variaciones sobre la obra original. Quién sabe si su aspecto actual sólo es una burda expresión de lo que fue pintado en un principio.

—No entiendo demasiado de pintura —confesó Aldo Wassermann— pero si lo maldito es el cuadro, acabemos con él.

—No.

—¿Por qué?

—Porque hay que hacer más comprobaciones, tengo que desentrañar el misterio que oculta. Quiero saber el porqué del

desaforado sadismo del ser reflejado en él.

—Está bien, guárdeselo, es suyo, pero yo no creo en su influencia maléfica pese a lo ocurrido.

—Quizás el próximo asesino sea usted y es peor ser asesino que victima; la víctima sufre en su agonía y muere, pero al morir descansa. Mire, mire ahora a Philip, mírele.

Aldo le miró. Sabía que aquel joven tenía veintidós años, él mismo lo había comentado durante la larga madrugada y al mirar su rostro le vio súbitamente envejecido, con las fac- ciones macilentas y afiladas. La culpabilidad goteaba por sus ojos.

—Se repondrá.

—En la cárcel. ¿Quién le va a librar de una cadena perpetua? —preguntó el juez, desafiante.

—Si alega locura transitoria...

—Lo encerrarán en el psiquiátrico judicial. ¿Ha estado alguna vez, aunque sea de visita, en el psiquiátrico judicial?

—Imagino que ha de ser horrible.

—Peor. Algunos, queriendo escapar de la cárcel, escogen el psiquiátrico pensando salir pronto a la calle, pero se equivocan totalmente. Allí son tratados como locos peligrosos y, lógicamente, ellos se rebelan, me refiero a los simuladores. ¿Y qué ocurre? Pues que han de comenzar a aplicarles sedantes y ahí comienza la verdadera locura.

—Los sedantes evitan accesos peligrosos —rebatió Laura Berner.

—Sí, pero una sobredosis continua de sedantes anula los sueños de la fase Rems y usted lo sabe.

Laura asintió.

—Si, el período onírico de la fase Reims es indispensable para la liberación psíquica de nuestro cerebro durante el sueño.

—Dígale también que la anulación de ese período de sueño onírico conduce a la locura primero y a la muerte después. Ese es uno de los grandes males de quienes consumen sedantes fuertes continuamente.

—Es verdad. Por ello, en las clínicas psiquiátricas se controla muy bien el consumo de los sedantes fuertes para evitar problemas posteriores.

—Usted lo ha dicho, «clínicas», pero ¿y en los grandes centros psiquiátricos que no son llevados con el mismo interés, sea por cansancio de sus psiquiatras, por falta de medios o de tiempo?

—Prefiero no opinar.

—¿Se administran tales sedantes en el All Saint's Hospital? —preguntó Aldo.

—Es mejor que no responda, sólo soy una ayudante de médico, no una psiquiatra.

—Está bien, no discutamos más sobre el tema, tampoco yo soy una persona cualificada —aceptó el juez—. El caso es que las víctimas de la maldición de ese cuadro asesinan como lo ha hecho Philip. El no sabrá explicar lo ocurrido, sólo ha sentido un impulso irrefrenable de matar.

—Entonces, ¿por qué no pregunta a los vivos en vez de a los muertos?

—Porque la respuesta de los vivos ya la conozco a través de

varios procesos presididos por mí a lo largo de mi carrera como juez. Todos son muy parecidos y yo quiero saber qué es lo que han visto las víctimas,

—¿Qué iban a ver? A su asesino con el cuchillo en la mano… —dijo Laura.

—Estoy seguro de que hay algo más.

—¿Qué más?

—No lo sabré hasta que las muertas me lo digan.

CAPITULO
IX

—Ahora me comería un triple emparedado de jamón de york con queso —suspiró el barquero mirando a través de la ventana. No cesaba de llover.

El juez Cunning le aconsejó:

—Haga caso de lo que dice la señorita Berner.

—Beber agua de lluvia para matar el hambre no me convence; creo que ya he bebido tres botellas de agua y, la verdad, preferiría tres botellas grandes de cerveza.

—Lo mejor sería pasar al otro lado del río y buscar ayuda. Un bote con motor potente nos sacaría de aquí y debe haberlo en alguna parte.

—En la villa que hay diez millas río abajo tienen una embarcación con casco de hierro, es poderosa y puede remontar el río en condiciones difíciles.

—Si pudiéramos avisarla —observó Aldo. Laura puntualizó:

—Nadie puede atravesar el río en las condiciones que se halla ahora.

—Pienso que debería intentarlo.

—Con lo fría que está el agua, se muere, ya se lo he dicho —rezongó el barquero.

—Si tuviera grasa para el cuerpo...

—Como no sea la grasa de la muerta. —El barquero se echó a reír, pero al ver como le miraban todos, enmudeció de golpe.

La puerta de la casa se abrió con brusquedad. Philip, el joven rubio prematuramente envejecido, había llegado hasta ella.

—¡Deténgase! —le ordenó el juez.

—¡Adiós! —gritó Philip.

—¿Qué hace? —le interrogó Laura.

Aldo salió corriendo tras él y la lluvia le empapó casi de inmediato, era un auténtico diluvio.

Cuando llegó a la orilla del río casi tocaba la espalda de Philip que se volvió para mirarle como una despedida al mundo y luego se arrojó a las aguas.

—¡Espera!

El joven se zambulló y la corriente lo arrastró rápidamente.

Aldo sabía que de' nada serviría que se lanzara tras el muchacho, aquello era un suicidio, no había buscado nada para sostenerse a flote.

Le vio hundirse y reaparecer, hundirse y reaparecer... Las aguas llevaban una velocidad muy fuerte y pronto lo perdió de vista río

abajo.
Suspiró. Sus hombros bajaron unos centímetros, se sentía impotente ante aquella situación. Regresó despacio a la casa sin importarle el agua que caía sobre él; ninguno de los demás había salido.
—¿Se ha suicidado? —preguntó el juez Cunning.
—Usted lo esperaba, ¿verdad?
—¿Usted no?
—Usted le soltó las manos cuando ya había pasado la crisis de violencia, esperaba que tomara esa decisión.

—Por sí mismo, nunca sugiriéndosela. ¿No se da cuenta de que había matado monstruosamente a su amante? ¿Qué le esperaba? Sólo tenía que aguardar un poco para darse cuenta de que terminaría su vida en la cárcel o en el manicomio judicial.

—¿Esa es su forma de impartir justicia? —silabeó Aldo molesto, empapado de agua, con los músculos del rostrocrispados.

—Aldo, Aldo, sácate la ropa y acércate al fuego o cogerás una pulmonía —le dijo Laura Berner.

Aldo se quitó la ropa empapada, importándole muy poco quedarse con la mínima expresión de ropa. Dennis avivó el fuego con leña mojada, pero la chimenea estaba tan caliente por el continuo fuego que ardía cuanto se le echara.

Dorothy Ambross ¡es miraba sin comprender demasiado lo que ocurría. Laura preparó unas sillas para secar la ropa.

Dennis masculló:

—Lanzarse al rio en las condiciones que baja es suicidarse.

—Tengo hambre —dijo Dorothy por lo bajo.

—Beba, beba agua —le sugirió Laura Berner. Pensaba que el doctor Lugan, preocupado, podría llegar a interesarse por su suerte.

La situación en la casa del río no cambiaba, aunque 110 podía calificarse de desesperada. Era una situación que todo lo más habría de durar dos o tres días. Tarde o temprano, alguien acudiría allí, el doctor Lugan, los parientes del juez Cunning o los amigos de! barquero y si no, siempre se podía preparar un incendio que atraería a los guardianes del bosque.

De una forma u otra escaparían a una muerte por inanición y si las aguas descendían, siempre cabía la posibilidad de apoyarse en algo y nadando, llegar hasta la otra orilla y pedir auxilio; pero, ese par de días habrían de resultar más que desagradables. El hambre y más que el hambre, el terror que ocasionaba tener allí dos cadáveres, uno reciente y el otro momificado, iban a resultar inaguantables.

—Cuando las aguas desciendan, yo pasaré el río —dijo Aldo Wassermann. Todos sabían que no hablaba por hablar, que lo haría.

—Si tuviéramos una cuerda resistente —se lamentó el barquero— le ataríamos por la cintura y si no conseguía llegar a la otra orilla nadando, sí podríamos volver a recuperarle.

—Más abajo, ¿cómo están las aguas? —preguntó Aldo deseando conocer la situación del río y su peligrosidad.

—Algo menos de media milla abajo está el pedregal del río. Es muy malo, está lleno de rocas a flor de agua. Allí, el río semeja tornarse rabioso, hay espuma en toda su superficie aunque ahora,

con el cruce salido de madre, no se verá la espuma, pero las rocas estarán a dos o tres palmos como máximo por debajo de la superficie y eso es mortífero. Si llegas a nado o arrastrado hasta ese lugar, las rocas te destrozan las piernas o te abren la tripa.

—Será mejor reclamar ayuda desde aquí —dijo el juez Cunning.

—¿Cómo? —preguntó Laura.

—No lo sé, ya encontraremos la forma. Ahora, esperemos a que deje de llover, porque si no para no hay que buscar salidas, nadie se arriesgará a venir a buscarnos.

—¿Y la lancha de la que ha hablado que está a diez millas más abajo en el río? — preguntó Aldo al barquero.

—Existe un lado del río con suficiente profundidad, es como un canal, pero hay que conocerlo muy bien y sólo una embarcación con un motor potente podría pasar por allí contra corriente.

—Lo más práctico es llegar a 1a otra orilla —insistió Aldo—, De una manera u otra se podrá alcanzar.

—Llegará, joven, llegará —le pronosticó el juez—. Ahora, hemos de habituarnos a estar aquí. Por supuesto, yo también soy de carne y hueso y si halláramos algo de comer, mucho mejor.

—Tenemos los medios necesarios y suficientes —observó de pronto el barquero como si acabara de tener una idea genial.

—¿Cuál? —preguntó el juez Cunning.

—Si llueve tanto, afuera habrá muchos caracoles. Tenemos agua y fuego, los hervimos y a comer. ¿Qué les parece?

—No me gustan los caracoles —gruñó el juez Cunning.

—Estoy de acuerdo en que no le gusten, pero son alimenticios.

—A mí me parece bien, lo bueno sería encontrar sal.

—¿Y cómo no se le ha ocurrido antes esa idea? —preguntó Aldo.

—Pues no lo sé —se encogió de hombros— no lo había pensado.

—Menos mal que no se le ha ocurrido que nos comiéramos los despojos de los cadáveres y tuviéramos una sesión de necrofagia

Dorothy Ambross, que había estado deambulando como una sonámbula, dijo de pronto, con voz lúgubre:

—Todo llegará, todo llegará si no cesa de llover.

CAPITULO X

Con improvisados palillos construidos con finas ramitas, comían ya los caracoles hervidos. Dennis había .tenido una buena ocurrencia de hervirlos con hierbas aromáticas que encontrara en la propia isla del río.

—Están dulces —se lamentó Laura.

—Pero alimentan y con el hambre que yo tengo, me comeré tres raciones grandes — aseguró el barquero.

—A mí me dan asco — gruñó el juez.

Aldo se encogió de hombros.

—Su estómago se quejará.

El suspiro que lanzó el juez fue audible y con gesto de repugnancia, cogió un caracol. Lo ensartó con su frágil palillo y con muchas dificultades consiguió sacarlo del interior del cascarón. Ya liberado, se lo metió en la boca y cerró los ojos para no ver nada. No mascó, simplemente se lo tragó.

Dennis se rió.

—Se acordará de esto siempre, juez, especialmente cuando acuda a esos restaurantes tan lujosos.

El juez Cunning no dijo nada y, penosamente, para aliviar el hambre de su estómago, siguió comiendo.

—Ya los saca con más habilidad —le observó Laura.

—Les rogaría que nadie hiciera ningún comentario —casi suplicó el juez, a! borde de las náuseas.

Dennis gruñó:

—Si por lo menos tuviéramos vino.

—Quizás haya abajo en la bodega —dijo Aldo.

—Pues alguien tendría que ir a buscarlo —sugirió Dennis.

—Vaya usted —le contestó Laura.

—¿Yo, a la bodega? No, gracias, prefiero beber agua de lluvia.

Sin que nadie se percatara de ello, pues comían delante de la chimenea, beneficiándose del calor que ésta les proporcionaba, Dorothy Ambross se había acercado al ataúd cerrado frente al cuadro y había colocado sus manos sobre el féretro.

—¡Espíritus del más allá, os invoco para que acudáis a mi llamada! ¡Espíritus de los muertos, los que habéis hallado la muerte violenta, acudid a mí, yo Dorothy Ambross os llamo, os suplico que

acudáis a mi llamada!

De pronto se produjo como un rugido, casi un ulular de viento por toda la casa.

La cortina que cubría el cuadro voló, ascendiendo por las escaleras ante el susto de quienes lo presenciaron. Era como una corriente de viento que nacía del mismísimo lienzo y que sacudía con violencia a la médium loca cuyos cabellos se alzaron desordenadamente.

En el piso se escuchó un alarido que no podía decirse que fuera humano, era algo raro y escalofriante, un alarido que hacía erizarse el vello de los brazos.

—¿Qué es eso? —preguntó Laura despacio,

—¡Ah! —gritó Dorothy Ambross cayendo de espaldas contra la mesa sobre la cual quedó tendida, sacudiendo su cuerpo espasmódicamente mientras su boca espumeaba como si fuera víctima de un ataque de epilepsia y rabia a la vez. Fuera de sí, habría sufrido una crisis psíquica.

—Tengo que ayudarla —dijo Laura, levantándose.

En aquel momento se escucharon fuertes golpes contra una puerta en el piso superior.

Aldo hizo intención de ir hacia la escalera para averiguar lo que sucedía, pero la mano fuerte del juez le retuvo por la muñeca.

—No vaya.

—Están golpeando la puerta.

—Ya lo oigo, todos lo oímos, pero no vaya.

—¿Por qué? Alguien quiere salir de la habitación y no puede, la puerta está cerrada con llave.

—Ese alguien es la muerta, es Sonia. Si abriera esa puerta se encontraría frente a frente con lo más horrible que pueda imaginarse.

—He visto el cuerpo destripado, bárbaramente asesinado de esa joven y no me asusta.

—Ha visto el cuerpo muerto pero quieto. ¿Se lo imagina muerta pero viviente a la vez?

—No, Aldo, no vayas —suplicó Laura—. No la dejes salir; si es lo que dice el juez, yo no resistiría verla.

—¿Y qué hemos de hacer entonces? —preguntó Aldo.

—Dejar que pasen los minutos. El espíritu de Sonia abandonará su cadáver y se alejará.

—¿No quería ver a una muerta viviente para preguntarte cómo había sido asesinada, juez?

—Sí, pero no en estas circunstancias. Yo esperaba al espíritu solo, no metido en su propio cadáver.

—Pues el cadáver de Nataly Norton también se movió. ¿O había truco?

—¡No hay truco! ¡Si quiere, suba a comprobarlo, no hay truco! —gritó el juez, ya fuera de sí.

—¡Pues lo comprobaré!

Dio un fuerte tirón de su mano y se liberó del juez. Recogió la llave y se dirigió a las escaleras caminando seguro pero sin correr.

—

¡No,

Aldo,

te

lo

suplico!
Miró
a
Laura.
—Preocúpate de la loca.
Laura se volvió hacia Dorothy Ambross y pudo ver como ésta había dejado de moverse; se había dormido de nuevo después de la súbita e inesperada crisis y se hallaba sobre la mesa aún con una ligera espumilla entre los labios.

Aquella mujer ya no era dueña de su propio control, ese era el motivo por el cual estaba internada en el Alí Saint's Hospital, un manicomio grande y lúgubre para los deshere- dados de la fortuna y abandonados de sus familiares.

Se hallaba por la mitad de la escalera cuando cesaron los golpes en la puerta de la habitación donde permanecía encerrado el cadáver de la joven asesinada.

Aldo siguió subiendo. Aunque estaba nublado, era de día y por las ventanas entraba algo

de luz, salvo por la ventana rota sobre la cual habían colocado unos maderos para evitar que el gélido viento y la lluvia penetraran por el hueco.

Cuando arribó frente a la puerta, tomó la llave despacio. La hizo girar y después, empujó. Halló una cierta resistencia, empujó con más fuerza y, de pronto, algo cayó a pocas pul- gadas delante de sus pies. Pudo ver claramente lo que era por el espacio que había quedado abierto.

La cabeza de Sonia golpeó contra el piso de madera y se quedó mirando a Aldo fijamente con sus ojos vidriosos.

Aldo no quiso ver más. Cerró la puerta y giró la llave.

Bajó las escaleras despacio, muy despacio, se sentía fuertemente cansado o quizás más, estaba al borde del agotamiento total.

—Juez, ¿cuándo terminará este juego macabro?

—No lo sé —respondió despacio, sincero.

—Pues, debía saberlo, usted lo ha iniciado, usted lo ha provocado.

—Cuando se abren las puertas del infierno, es muy difícil luego volverlas a cerrar.

—¿Por qué las abría, entonces?

—Quería conocer la verdad.

—¿La verdad? Usted ha querido jugar a desatar las fuerzas infernales. Le juro que yo no creía en ellas, pero después de lo que he visto...

—Reconozca que ahora sí cree, reconózcalo.

—No puedo negar el horror de lo que mis ojos han presenciado, el horror de lo que he oído. No, no puedo negarlo y tampoco comprenderlo.

—Maldita nuestra arrogancia por sólo creer lo que podemos entender —se lamentó el juez Cunning—. Existen hechos, hechos como el de que los muertos hablen que no po- demos comprender, pero están ahí.

—Yo quiero irme de aquí —dijo lentamente Dennis. Como petrificado, seguía sosteniendo un caracol en su mano.

—¿Es la médium, es el cuadro o es la casa lo que provoca estos horrores? —preguntó Laura.

—Todo se une. La casa parece albergar la energía que hace saltar las chispas que provocan los fenómenos, pero el poder del cuadro se ha demostrado en otras ocasiones.

—¿Siempre eh casas como ésta? —quiso saber Laura.

—No, también en apartamentos confortables de las grandes ciudades. Quizás aquí estos fenómenos se den mucho mejor, no olvidemos que este lugar fue sagrado antes de que comenzara a escribirse la historia. Ni los geólogos, los físicos, los químicos ni los médicos, nadie puede explicar aún por qué lugares como éste

provocan estos fenómenos, pero negarlo es absurdo.
—Y usted ha querido aprovecharse de ellos —le acusó Aldo.
—Sí, pero no para lucrarme, sino para hallar la verdad de muchos crímenes y terminar con ellos.
—Escriba en periódicos o salga por la televisión, diga al mundo que el cuadro es el verdadero asesino.
—No me creerían.
—¿Y qué pruebas pretende conseguir?

—Que pueda llevar ante un tribunal, ninguna.
—Entonces, ¿qué es lo que persigue, su propia satisfacción?
—¿Satisfacción? No, no es eso.
—Está usted tan loco como la paciente médium. Aldo, decidido, se acercó al cuadro.
Cuando iba a tomarlo entre sus manos con actitud violenta y destructiva, escuchó un grito de Laura que le contuvo.
Se volvió y pudo ver al juez que le apuntaba con una pequeña pistola muy plana que había pasado desapercibida dentro de su traje.
—Si rompe el cuadro, lo mato —silabeó, amenazador.
Aldo, desafiante, cogió el cuadro con sus manos, pero Laura le suplicó, temblorosa:
—No, por favor, Aldo, no lo hagas.
—Corazonada de mujer —rezongó el juez Cunning—. Ella sabe que puedo disparar, esta pistola no es ningún juguete y le doy mi palabra de que soy buen tirador.
En aquel instante, apretó el gatillo y dio en una de las maderas del caballete, perforándola. El cuadro se balanceó ostensiblemente pero no llegó a caer.
Aldo miró el rostro de aquel ser sádico y horrendo, esquelético y maligno que se hallaba pintado en el lienzo y tuvo la impresión de que se burlaba de él.
—Creo que sería capaz de disparar, juez Cunning.
—No lo dude, joven. Todo el tiempo que he ejercido como juez he vivido obsesionado por este caso de las mujeres asesinadas en igual forma por distintos asesinos que, en la mayoría de los casos, eran los amantes o los maridos. No voy a dejar escapar esta ocasión ahora.
Aldo apartó sus manos del lienzo y preguntó despacio.
—¿Hasta dónde piensa llegar con su locura?

CAPITULO XI

—Si echáramos a la vieja loca al río, aquí ya no pasarían más cosas raras —se quejó el barquero.

Laura Berner que había escuchado aquellas palabras pronunciadas en tono de cuchicheo, se horrorizó.

—¿Está usted loco?

—¿Quién no está loco aquí dentro?

Laura se apartó de él y se acercó a Aldo que había preparado una palmatoria. Ya se hallaba vestido con la ropa secada al calor de la Chimenea.

—Voy a inspeccionar esta maldita casa ahora que nada más puedo hacer y mientras esperamos a que el río se tranquilice,

—Le he inyectado un fuerte sedante a la médium.

—¿Te ha visto el juez?

—No.

—Mejor.

—He aprovechado que él había salido. De esta forma, la médium no invocará más la presencia de los espíritus muertos, todavía no entiendo cómo puedo creer semejante barbaridad.

—Yo tampoco.

—Esto es una pesadilla, sólo faltaba que el juez tuviera consigo una pistola, está loco.

—Tiene una obsesión, ese es su mal y hasta que no consiga darle solución no descansará. Quizás encontremos el secreto de este lugar descendiendo a los sótanos.

—¿Vas a bajar?

—Sí.

—¿No tienes miedo?

—No creo que abajo encuentre nada peor de lo que ya tenemos aquí como la cosa más normal: Un cadáver destripado, una muerta reseca en su ataúd, ese maligno cuadro en el caballete y al juez Cunning con una pistola, dispuesto a volarle la cabeza al que toque su maldito cuadro. ¿Te parece poco?

—Voy contigo.

—¿No te asustarás?

—Tú has dicho que aquí arriba está peor.

Sin advertir a nadie de lo que iban a hacer, se introdujeron por una puerta que se hallaba en un lateral de la escalera, por debajo de la misma.

La luz de la vela les mostró una escalera descendente en una amplia sala que podía considerarse bodega.

—¿Crees que esto tendrá un respiradero? —preguntó Laura.

—Sí, no creo que esto sirviera nunca para guardar alimentos, hay

demasiada humedad aquí abajo.
—Debemos estar cerca del nivel del río, ¿verdad?
—Aún debemos estar por encima del nivel, pero muy cerca, eso sí, y las filtraciones de agua han de notarse.

—No hay mucho que ver, cajas abandonadas, los toneles, restos de maderas.
—Si esta casa está levantada sobre los restos de un pequeño templo o convento, debe haber algo más.
—¿Qué esperas encontrar?
—No lo sé —respondió Aldo con sinceridad mientras sus palabras hallaban eco en las paredes del amplio sótano donde sólidas vigas de madera de ciprés sostenían el piso de la edificación.
Los toneles estaban vacíos y ajados, no servían para ser llenados. Cualquier líquido vertido en su interior se habría desparramado por el suelo.

Aldo movía las cajas de un lado para otro y llegó a empujar uno de los viejos toneles que, al rodar, chocó contra una de las columnas.

Se produjo una gran vibración al tiempo que el tonel se resquebrajaba completamente y de su interior brotaban varias ratas.

Laura lanzó un chillido, corriendo hacia Aldo.

—Esperemos que no estén muy hambrientas.

—Subamos —casi suplicó Laura.

—Aún no, tiene que haber algo más.

El suelo estaba sucio, lleno de mohos blancos. Al pisar Aldo por donde había estado el tonel destrozado, notó algo.

—Yo diría que este suelo no es igual, es como si fuera una gran baldosa suelta.

—¿Tú crees?

Aldo se inclinó. Acercó la luz al suelo y con la mano fue apartando los mohos que allí habían crecido en abundancia. Al final descubrió algo.

—Es una trampilla.

—Que ha permanecido oculta bajo el tonel y cubierta por esta porquería. ¿Durante cuántos años crees tú?

—No lo sé, veamos qué hay debajo.

Aldo luchó por limpiarla hasta dejar al descubierto una trampilla de unos tres pies de lado y casi hubiera podido decirse que era cuadrada. Carecía de argolla-tirador.

—Maldita sea, haría falta un hierro, una escarpa o algo parecido.

—¡Déjalo!

—No, veremos qué puede hacerse, primero la moveremos.

Pateó la trampilla durante varios minutos hasta crear pequeñas holguras en los cuatro lados.

—Veremos ahora si se puede mover.

Oprimió un canto con una rodilla. Después, con las puntas de los dedos, trató de coger el borde del lado contrario haciendo fuerza

hacia arriba.

—Si por lo menos tuviéramos una navaja —gruñó Aldo sin dejar de hacer fuerza. Laura le iluminaba, moviendo la palmatoria adecuadamente.

—Ahora parece que la subes.

—Un poco más —dijo Aldo moviendo los dedos hábilmente hasta que consiguió meterlos debajo.

—Te los vas a cortar, eso pesa mucho.

—Es una losa de piedra y a lo peor debajo hay roca.

Apretó, hizo más fuerza y pidió:
—Pon una madera donde están mis dedos.
—Ahora mismo.
Laura le ayudó y consiguió liberar los dedos de Aldo.
—Magnífico.
—¿Crees que podrás levantarla?
—Ahora sí, ya que la hemos movido y conseguido colocar la madera. Buscaremos otro pedazo de tabla más resistente y haremos palanca.
Buscó entre las viejas cajas húmedas, la madera se partía hasta que encontró una resistente.
—Esta creo que irá bien,
—Parece que hay un hueco debajo —opinó Laura,
Levantar aquella losa no era tarea fácil, máxime no disponiendo de los elementos necesarios y careciendo de argolla.
—Cuidado, apártate.
Aldo hizo un sobreesfuerzo y consiguió levantarla dejando al descubierto un hueco oscuro y siniestro.
Apartó la losa y vieron un agujero en ella, un agujero que en su parte superior debía estar cubierto y por el que se introduciría una especie de gancho para levantarla.
—Aldo, hay una escalera.
—Sí, ya lo veo, es de piedra y baja a otro sótano.
—¿Sería el del convento?
—Pronto lo averiguaremos.
—¿Crees que alguien conoce este agujero? —preguntó Laura.
—Me temo que no.
—¿Tu tía Florence?
—No, no lo creo. Ahora voy a bajar y tendré que llevarme la palmatoria. Si quieres subir con los demás…
—No. yo te sigo.
—Te advierto que no sé lo que encontraremos.
—Te sigo —dijo decidida—. No he de ocuparme de la señora Ambross, duerme profundamente y tiene para mucho rato.
Aldo se puso delante y bajó con cuidado.
El pasadizo era angosto y descendía más de treinta escalones. Una caída por aquel lugar debía ser forzosamente mortal.
A! llegar al final, el pasadizo seguía por un suelo pétreo pero con una ligera inclinación descendente.
—Todo esto parece excavado en la roca —opinó Aldo.
—Sí, pero oigo goteo de agua.
—Es cierto, yo también. Sigamos.
Llegaron a una sala de techo bajo, Aldo podía tocarlo con la mano.
Se hallaba sostenido por columnas que eran de piedra y no de

madera como las del caserón; era una edificación muchísimo más antigua y sólida.

—Imagino que aquí podían esconderse los habitantes del convento cuando eran

atacados.
—El suelo está mojado.
—Sí, hay filtraciones. Ahora sí es posible que estemos más bajos que el nivel de las aguas del río; lo extraño es que no se inunde del todo. Aunque el aire está viciado, se puede respirar, lo que indica que hay algún primitivo sistema de aireación.
—¿Y cómo son esos sistemas?
—Pueden ser a base de dos agujeros o chimeneas situados en distintos sitios para crear una corriente de aire que siempre está en proporción a la amplitud del agujero y a la fuerza del viento. Veamos allí al fondo, parece que hay otro pasadizo. Esto tiene que ser forzosamente grande.
Se introdujeron en el pasadizo y descubrieron celdas con puertas antiquísimas de gruesa madera de ciprés y herrajes férreos muy gruesos.
—¿Qué habrá detrás?
Descorrió el cerrojo con dificultad y esfuerzos mientras la muchacha sostenía la vela. Logró abrir la gruesa puerta que chirrió lúgubremente. El suelo de la celda quedaba unas pulgadas por debajo del corredor y se hallaba llena de agua. Entre el agua asomaban tres calaveras.
—Qué horror.
—Siempre ha habido gente empeñada en encerrar al prójimo hasta la muerte —gruñó Aldo.
—¿Serían monjes?
—Es imposible decirlo. Quién sabe si eran monjes, campesinos, soldados o esclavas. Siguieron adelante y contaron hasta una docena de celdas.
El corredor terminaba en una gran sala. Junto a las paredes tenía asientos cincelados en roca que miraban a una especie de altar. En el mismo había grabados que no correspon- dían a nada que Aldo o Laura pudieran conocer.
—¿Qué culto sería éste?
—Lo ignoro —respondió Aldo mirando los símbolos a la luz de la vela—. Posiblemente se tratara de alguna secta secreta cabalística.
—¿Harían sacrificios humanos?
—No lo sé, pero antiguamente, eso era algo bastante frecuente.
—Fíjate, el suelo del altar tiene dos argollas. ¿Tendrán algún significado?
—No lo sé, Laura. Sólo me haces preguntas que no puedo responderte porque nada conozco de este sótano, pero veremos si puede moverse.
Asió las argollas, pero por mucho esfuerzo que hizo no consiguió moverlas.

—Buscaré una palanca arriba para tratar de mover estas argollas y también bajaré con más luces.

—¿Piensas que merece la pena?

—Sí, es una casa muy extraña; bueno, esto ya no es la casa, son los sótanos, las mazmorras del antiguo convento o quizás pertenezcan ya a otra edificación mucho más antigua. Como decía el juez Cunning, este lugar ya era sagrado en la prehistoria. Quién sabe si mil o dos mil años antes de Cristo ya se celebraban aquí extrañas ceremonias.

—Puede que esto sea una tumba.

—Sí, puede, pero quiero comprobarlo. De momento, esto es más grande de lo que

cabía suponer, aquí se puede esconder mucha gente.

Comenzaron a deshacer el camino por las galerías y salas subterráneas, iluminados por la débil palmatoria.

A Laura se le antojó todo aún más lúgubre, más hostil. Lo que antes le había parecido un silencio absoluto sólo roto por sus pasos, ahora estos pasos semejaban multiplicarse y tenía la impresión de que alguien les seguía.

De vez en cuando, giraba la cabeza con el temor de descubrir algún rostro espectral y macabro.

Menudeaban los chillidos de las ratas, acostumbradas a moverse en la oscuridad y que se filtraban allí dentro posiblemente a través de algún agujero hecho en la tierra y que daba al exterior, pues el aire, aunque poco, no faltaba. También se oía el gotear de agua de las filtraciones, incluso extraños crujidos, como si los cimientos de la casa tuvieran vida propia.

—¿Qué te pasa, Laura?

—Nada, nada. Creo que jamás volveré a este lugar.

—¿Te da miedo?

—Me horroriza. He de hacer un sobreesfuerzo para no dejarme llevar por los nervios.

—¿Crees que es bueno que una mujer como tú se pase todo el día entre pacientes locos?

—Alguien tiene que hacerlo.

—Sí, es muy humano, lo admito, pero...

—Lo bueno es hacer cambios para no caer en la locura, ese es mi propósito.

Cuando llegaron arriba, Dennis y el juez Cunning habían desaparecido y sólo estaba Dorothy Ambross tendida sobre la gran mesa redonda, durmiendo profundamente bajo los efectos del sedante que le administrara Laura.

—¿Adónde vas?

—Ahora vuelvo —dijo Aldo, alejándose.

Un poco inquieta se quedó Laura esperando el regreso de Aldo que no tardó mucho en volver. En su mano llevaba un atizador del fuego. Laura le preguntó:

—¿Qué vas a hacer, volver abajo?

—No, antes quiero comprobar algo.

—¿El qué?

Se dirigió al ataúd que se hallaba frente al maligno cuadro.

—No, Aldo, no lo abras.

—Deja, tengo que abrirlo, he de asegurarme.

—Por favor, no lo hagas. ¿No has tenido suficiente horror?

—He de hallar la clave de todo esto, todavía no sé si lo que estamos viviendo es fantástico, infernal o un trucaje perfecto.

—¿Un trucaje, para qué?
—No lo sé, voy a abrir el ataúd.
—Prefiero no verlo.
Se volvió de espaldas mientras Aldo introducía el atizador del fuego por la ranura entre la tapa y la caja del ataúd, justo por encima de la cerradura.
Forcejeó con habilidad y como el ataúd no era de gran calidad terminó por saltar. Lo que

Aldo no comprendía era cómo podía haberse abierto solo.

—Ya está.

—No, por favor, no levantes la tapa.

Ante los ojos de Aldo Wassermann apareció el espectáculo horripilante de un cadáver ya esquelético destruido por la corrupción.

Los propios gusanos habían desaparecido y muerto ya, descomponiéndose a su vez. La piel reseca estaba pegada a los huesos, las cuencas vacías. Sólo por el cabello podía deducirse que había sido una mujer.

Despacio, Laura se fue volviendo para mirar, no podía evitarlo, era superior a su propio control.

Al ver el esqueleto momificado, sintió frío en la espalda. Tuvo la impresión de que todo el vello de su cuerpo se erizaba y que su piel se cubría de una fina capa de sudor.

—¡Por favor, no la toques, no la toques!

CAPITULO XII

—¿Por qué lo has hecho? —inquirió el juez severo y tajante desde la puerta mientras aquella maldita lluvia invernal no parecía querer cesar.

Era como si un océano entero se hubiera colocado en forma de nubarrones sobre el valle y descargara sus aguas durante horas y horas, días y días.

¿Cuándo terminaría? Lo ignoraban, no tenían un maldito transistor para poder oír las noticias meteorológicas.

—Tenía que asegurarme.

—¿Y ya está tranquilo?

—No.

El juez no se preocupó de cerrar la puerta tras de sí, es como si gozara teniendo tras de sí el agua de la lluvia cayendo sin cesar.

—¿Qué cree ahora?

—No lo sé.

—Miente. Ahora sabe que todo es verdad, fantástico, inferna! si quiere, pero verdad. No hay explicación racional a lo que aquí ocurre. La ciencia no admite el poder de invoca- ción de una médium. La ciencia tampoco admite que los espíritus de los muertos puedan regresar a sus despojos abandonados y putrefactos ni la maléfica influencia de un ser pin- tado en un lienzo... No, la ciencia no admite que un lugar sea mágico y que en él se produzcan los más extraños fenómenos.

—¿Y siendo usted juez, un hombre que ha impartido justicia de forma racional durante toda su vida profesional, cree en todo ello?

—«Sí, precisamente por eso lo creo. He visto muchas cosas extrañas.

—No discutamos, juez.

—Usted ha violado ese ataúd.

—¿Quién lo dice, usted que lo ha sacado del cementerio, seguramente pagando a unos ladrones de cadáveres?

—Tenía mis motivos.

—No hay motivos que justifiquen lo que usted hace. Deje á los muertos en paz y coleccione cualquier estupidez hasta que le llegue el día de ser uno más entre ellos.

—No los dejaré en paz hasta que haya descubierto la- verdad.

—¿Es que no la tiene ya? ¿No dice que la culpa es del ser del cuadro? Pues, queme el cuadro y habremos terminado de una maldita vez.

Aldo no quiso discutir más. Para él, el juez Cunning era un loco.

Cerró el ataúd con violencia.
—¿Dónde está Dennis? —preguntó de pronto.
—Buscando comida —contestó el juez.
—Aunque parezca un sarcasmo, buscando caracoles. ¿No es cierto?
—Sí.
—¿Y el río?
—Sigue rápido y caudaloso.
—Si por la mañana no hemos encontrado solución para escapar de aqui, cruzaré el río.

—Se helará.
—No, si nada más salir sigo corriendo en plan footing, no tendré tiempo de enfriarme, se trata de correr sin parar.
—Y si provocáramos un incendio, ¿no nos vendrían a salvar? —preguntó Laura.
—No ahora que llueve —le respondió Aldo—. Hay que esperar. De todos modos, mañana cruzaré el río. —Miró la recia mesa y dijo—: Aunque sea utilizándola como balsa.
Aldo preparó un candelabro de tres velas y lo encendió pese a que el día aún les brindaba luz.
—¿Te vas abajo? —preguntó Laura.
—Sí.
—Te acompaño.
—No.
—¿Por qué? —insistió ella.
—Prefiero ir solo. Luego, descansaré y mañana, cuando salga el sol, aunque no lo veamos porque siga lloviendo, cruzaré el río y vendré con gente de socorro aunque sea con un helicóptero para que salgamos todos de esta casa maldita. Luego, pediré permiso a mi tía Florence para dinamitar este lugar. Voy a comprar toda la dinamita que me dejen para hacer saltar por los aires este lugar infernal de la isla del rio. No dejaré piedra sobre piedra.
—Si hace eso, será como un sacrilegio. Este lugar es sagrado desde la prehistoria, no puede destruirlo —protestó el juez.
—¿Por qué no, si llega a ser mío?
—Los lugares sagrados no son propiedad de un individuo sino de toda la humanidad.
—¿Sagrados para quién, para sectas infernales? Esto no es un lugar de culto para el bien, éste es un sitio donde los muertos se mueven y hablan.
—¿Le parece poco interesante?
Aldo Wassermann no quiso seguir discutiendo con el juez.
Laura vaciló, pero se dio cuenta de que Aldo quería descender solo de nuevo al sótano. No le había explicado al juez Cunning lo que habían descubierto.
Aldo, llevándose el atizador de hierro forjado para utilizarlo como palanca, desapareció por la puerta que conducía al sótano.
—¿Qué espera encontrar abajo? —preguntó el juez.
—No sé, creo que maderas secas para ¡a chimenea. Hay cajas y toneles inservibles.
—Sí, va a faltar calor para pasar toda la noche, una noche que se hará larga. Wassermann es demasiado violento.
—Es joven y no le gusta lo que sucede aquí y a mí tampoco —protestó Laura.

—Pero, él es fuerte y usted no.
—¿Qué quiere decir? —preguntó ella con el ceño ligeramente fruncido, como tratando de adivinar lo que bullía en la mente del juez.
—¿Qué ha pretendido decir?
—Que es más fuerte, simplemente.
—Eso tiene una importancia para usted, ¿verdad?
—Sí. A usted puedo controlarla, a él no, salvo que utilice la pistola.

—¿Por qué quiere emplear la pistola una persona que, como usted ha llevado una vida honorable?
—No quiero que destruya mi obra.
—¿Cuál es su obra?
—¡Descubrir el secreto de ese cuadro! —gritó, señalando el lienzo.
—¿Y qué importa? Ya sabe que es maligno, destruyámoslo.
—No, aún no, he de arrancarle todo su secreto.
—Me temo, juez Cunning, que sólo vive para su obsesión.
De pronto, se escucharon unos golpes en la puerta de entrada del caserón.
—¿Quién será? —preguntó Laura.
—Nadie puede llegar hasta aquí.
—No vaya.
—¿Por qué no? Será Dennis que ha regresado, debe estar empapado.
—¡No vaya!
Laura lo miró con gesto de reproche y se acercó a la puerta. Miró el cerrojo y mientras desde el exterior seguían golpeando, miró al juez, inquisitiva.
—¿Por qué ha puesto el cerrojo?
—Es mejor que no abra. Esta isla tiene sorpresas muy desagradables.
Laura Berner, llena de valor, ignoró la orden del juez y descorrió el cerrojo. Abrió la puerta y tuvo que hacerse a un lado, asustada. Apoyado contra la jamba, con dificultades para sostenerse, estaba el barquero.
—¡Dennis!
El rostro de aquel hombre estaba empapado de sangre diluida por la lluvia. Su mirada era ya extraviada y la boca tenía un rictus de dolor.
—A...a...ayuda...
—Dennis, Dios mío, ¿qué le ha ocurrido?
Le ofreció sus brazos para ayudarle. El se fue hacia delante y cayó sobre los brazos de ella. Laura se vio incapaz de sostenerlo, carecía de las fuerzas necesarias.
Lo que hizo la enfermera fue sostener en parte a Dennis para que la caída no fuera tan dolorosa.
—¡Ayúdeme! —pidió al juez. Mas, éste no se movió.
Laura, preocupada, se inclinó sobre Dennis que estaba empapado de

lluvia y con la cabeza ensangrentada.

—Dios mío, Dios mío, ¿qué le ha ocurrido?

Dennis trató de hablar sin conseguirlo, era como si las fuerzas le abandonaran rápidamente. Laura siguió la dirección de su mirada y comprobó que las pupilas del barquero se clavaban en el juez con dolor y quizás con algún oscuro significado.

—Juez, ¿qué está tratando de decirnos? Tiene la cabeza como partida, ¿qué ha podido ocurrirle?

—Pregúnteselo a él. Quizás haya resbalado, dándose contra alguna roca.

Laura se volvió hacia el barquero, mas éste ya no pudo decirle nada. Sus ojos se habían quedado fijos, demasiado fijos en un punto en el que ya no había nada. Le tomó el pulso, pero su corazón ya no latía.

—Ha muerto.
—Juez, usted sabe lo que le ha ocurrido, ¿verdad?
Laura aguardaba la respuesta con gran impaciencia, una respuesta que se demoraba.
—¿Qué puedo saber yo?
—Que Dennis no ha caído. Dígalo, ¿no ha caído, verdad?
—¿Por qué hace tantas preguntas?
—Quiero saber, lo mismo que usted.
—No hay nada que saber. La verdad se persigue y se persigue, nunca se alcanza y al final hay que condenar a un hombre inocente.
—Usted no es inocente, juez.
—¿Ah, no?
—Afuera sólo estaban usted y Dennis, no hay nadie más.
—Está el maligno —exclamó, señalando el cuadro.
—El no puede hacer nada, sólo es un lienzo.
—Se equivoca, señorita Berner, es más que un lienzo.
—Se lo diré a Aldo.
Hizo intención de alejarse hacía la puerta que daba al sótano, pero la voz de! juez la detuvo.
—No irá a ninguna parte.
Cuando Laura se volvió, se encontró frente a la pistola del juez Cunning que le apuntaba directamente al corazón.
—No será capaz de disparar, ¿verdad?
—¿Y por qué no?
—¡Asesino, usted es el asesino de Dennis! ¡Niéguelo, niéguelo! —gritó.
—No me obligue a afinar la puntería. Bastaría con apretar el gatillo y le perforaría el pecho de un balazo. No es una bala gruesa, es cierto, es un calibre pequeño, pero es suficiente para matar en una distancia corta.
—¿Qué piensa hacer ahora? No tiene escapatoria, tendrá que matarnos a todos. Más tarde o más temprano, la verdad se conocerá porque usted ha matado a Dennis.
—Era un estúpido. Ha dejado escapar el bote, aunque ciertamente ha ido bien.
—¿Por qué lo ha matado?
Molestaba. Ahora, usted levante las manos y acérquese despacio.
—¿Va a matarme?
El juez Cunning se le acercó con la pistola y el brillo que Laura vio en sus ojos la convenció de que podía disparar y asesinarla como había hecho con Dennis.
—No perderemos el tiempo charlando, señorita Berner.
—¿Qué quiere ahora?
Laura recordó que a un loco no se le podía llamar loco, porque la

violencia estallaba entonces.

Bruscamente, la cogió por un brazo y la obligó a volverse. Había violencia en su gesto, en toda su actitud.

Como enfermera de un hospital psiquiátrico, Laura sabía qué debía hacer para no excitarlo más; sin embargo, ya era tarde.

Sintió un agudísimo dolor en la nuca y su mente se nubló. Todo fueron negruras para

ella, las rodillas se le doblaron y se negaron a sostenerla.

Tras ella, el juez Cunning sostenía en su mano la pistola con que acababa de golpearla.

CAPITULO XIII

Aldo Wassermann avanzó ligero por las galerías subterráneas.

La iluminación era mejor que la anterior, puesto que el candelabro era de tres velas. Pasó por delante de las húmedas mazmorras donde se conservaban restos humanos y al fin arribó a la sala que parecía un santuario, no se sabía de qué extraña y antigua secta religiosa.

A Aldo Wassermann le atraía especialmente aquella losa con dos argollas, estaba seguro de que aquellas toscas argollas de hierro forjado tenían un motivo de ser y estar, pero ¿podría levantar la losa?

Era una incógnita que debía despejar. ¿Cuánto tiempo hacía que aquella losa no había sido levantada? Era un misterio, un misterio sin respuesta.

Colocó bien el candelabro para iluminarse y luego se arrodilló despacio, como dispuesto para un ritual.

Con la punta del atizador, comenzó a limpiar las ranuras para dejar la losa el máximo de holgada posible.

Cuando creyó que estaba suficientemente limpio, forcejeó con las anillas metálicas al tiempo que trataba de introducir el atizador a modo de palanqueta en la ranura, pero la losa semejaba encajada con cemento.

No obstante, Aldo no se rindió e insistió hasta observar que la losa tenía movimiento; era muy pequeño, pero tenía movimiento y eso era ya una esperanza.

Pasaron los minutos y pese a la frialdad del misterioso sótano, la frente de Aldo comenzó a perlarse de sudor.

Sus esfuerzos cada vez conseguían más y más frutos. La piedra ya se movía, pero el tiempo fue transcurriendo sin que se diera cuenta.

Su espalda estaba empapada de sudor cuando logró levantar la losa y colocar el atizador entre ella y el recuadro granítico que componía el suelo.

No tardó en comprobar que la losa tenía un grosor considerable y su peso debía ser extraordinario. No podría levantarla, sino que siempre apoyándola contra el suelo, la haría deslizar contra el mismo.

Sus dedos quedaron cogidos entre los cantos graníticos y notó el dolor en sus huesos.

La sangre brotó por entre su piel herida, pero tenía que seguir adelante. Allí podía dejarse los dedos que quedarían cortados si cedía la losa.

Los músculos de sus brazos se tensaron e hincharon, semejaba que

fueran a estallar mientras sus pies bien aposentados sobre el suelo ofrecían resistencia y los tríceps de sus piernas también desarrollaban su fuerza.

Comenzó a separar los dedos.

Consiguió levantar la losa hasta su verticalidad y luego la dejó caer hacia el lado opuesto, apartándose de un salto.

El ruido fue sordo y se propagó por las galerías. La piedra no se partió y el hueco quedó abierto en su mitad. Aún hubo de correr la losa para dejar el hueco totalmente al des- cubierto y antes de mirar hacia el fondo del mismo, se dejó caer al suelo, buscando aire para sus pulmones, oxígeno para su sangre.

El corazón le palpitaba con fuerza. Miró sus manos ensangrentadas, pero por suerte para él, las heridas eran superficiales.

Dejó pasar unos minutos. Notó el sudor que se enfriaba

en su espalda y antes de que sufriera algún calambre o los escalofríos que podían preceder a un resfriado o algo peor, se inclinó sobre el agujero.

Toc, toc, toc, toc...

El goteo era constante.

—Agua —se dijo.

La pared era vertical y en ella, empotrados, había unos gruesos hierros que podían tomarse como escalera. El candelabro iluminaba muy mal, no podía enfocarse en una dirección como una linterna de pilas.

Se aventuró a hundirse en aquel lugar que podía ser un simple pozo y se daba cuenta de que si uno de aquellos hierros oxidados cedía bajo sus pies, se precipitaría al fondo, un fondo cuya profundidad ignoraba. De lo que sí estaba seguro era de que había agua.

Cogiéndose con una mano y llevando en la otra el candelabro comenzó a descender. El agujero no era grande y las paredes estaban revestidas con bloques de granito.

Sus pies se introdujeron en el agua que estaba muy fría, fue una sensación desagradable. Bajó el otro pie y por suerte, comprobó que el agua le llegaba por encima de las rodillas, poco más.

Giró sobre sí mismo con el candelabro. La humedad era allí total y una galería en horizontal se abría frente a él, una galería sumida en una oscuridad total.

Aquella galería subterránea, con más de dos pies de agua, resultó más ancha de lo que cabía suponer y sus ojos se agrandaron al ver huecos en las paredes a modo de hornacinas en cuyo interior había extrañas estatuillas de los más diversos tamaños. Eran una fusión de seres humanos con animales, cuerpos humanos con cabeza de lobo y manos de tigre, un escorpión con cabeza humana...

Las combinaciones más horribles y repugnantes estaban allí en forma de estatuas, pero lo más sorprendente era que llevaban adornos valiosísimos, joyas de oro y piedras preciosas. Los brillantes eran las gemas que más abundaban, tosca- mente tallados. Debían ser muy antiguos, pero retocándolos con tallados modernos serían de gran valor.

—Vaya tesoro —exclamó para sí—. Seguro que nadie más que él conocía su existencia.

Tocó algunas de las joyas, pero aquel lugar maligno y sagrado inspiraba recelo. El agua se filtraba por los techos y debía desaguar por alguna fisura; de lo contrario, la galería se habría cubierto totalmente de agua y eso no debía haber ocurrido jamás a juzgar por la limpieza del oro y las piedras preciosas.

Siguió adelante, la galería era muy larga. Notó que en algunos puntos el agua subía de nivel, pero luego volvía a descender.

De pronto, se encontró con un vacío en el que estuvo a punto de caer. Allí había un remolino que no se notaba. Se hallaba frente a una estatua demoníaca con un cuerno. Era un ser monstruoso, un humano con alas de murciélago y pico de águila.

En su cuello llevaba una gruesa cadena de oro de la que pendía un enorme brillante que centelleó a la luz de las velas.

Aldo comprendió que por aquel agujero que había en el suelo debía desaguarse la galería, evitando que el nivel subiera hasta cubrir las hornacinas con las extrañas estatuas enjoyadas y de aspecto maligno.

Avanzó despacio para no colocar de nuevo el pie en falso y desaparecer en uno de aquellos traidores remolinos que lo engullirían y sólo Dios sabía hacia dónde, quizás hacia un río subterráneo en el que sin duda encontraría la muerte.

Miró el techo, podía tocarlo con la mano y por la altura dedujo que debía hallarse bajo el cauce del río.

—Claro —exclamó para sí— debe ser un túnel secreto para escapar de la isla cruzando el río por debajo. Si fuera eso, ya estaríamos libres.

Avanzó más aprisa y la longitud de la galería le fue confirmando más y más la idea de que era un túnel secreto para escapar de la isla del río sin necesidad de utilizar bote alguno.

De pronto, se encontró con el paso cortado. La galería estaba cerrada por un grueso enrejado. Se acercó a los barrotes, comprobando que estaban muy deteriorados por los siglos y siglos de permanencia en la humedad, se deshacían de tanto óxido.

Miró al otro lado de las rejas y comprobó que la galería proseguía. Aldo quedó convencido de que utilizando algo contundente para golpear, bastaría para romper parte de la reja y sería suficiente para pasar por entre ella. La galería tenía que concluir al otro lado del río, por allí escaparían.

—Volveré —se dijo, pensando en buscar algo contundente para romper los hierros.

Con la ayuda de Dennis y de! mismísimo juez, podrían romper las rejas y escapar de la maldita isla por aquel túnel subterráneo.

Lo que había descubierto era muy importante, lo mismo que el tesoro, pero algo flotaba en el ambiente, como un espíritu maligno que le hacía presentir que todo no iba a funcionar bien.

Aldo, racionalista, se negaba a creer en la influencia mágica de un lugar, pero tenía que admitir que aquella influencia existía allí.

CAPITULO XIV

Laura Berner tuvo la impresión de haber chocado conduciendo un automóvil y que ahora tenía la cabeza oprimida entre los hierros retorcidos.

El dolor era insoportable. Agitó la cabeza como para liberarse, pero el dolor no disminuía. Abrió los ojos de súbito.

El lugar estaba iluminado por velas. Las tenía a un lado y a otro de la cabeza y de los pies. No comprendía nada, olía fuertemente a cera quemada y a humedad.

La cabeza le dolía terriblemente, también las manos y los pies y no comprendía por qué no podía moverse. Movió los ojos y descubrió con horror el cuadro, aquel maldito óleo oscuro en el que había reflejado un ser maléfico y esquelético, vestido con ropas de etiqueta, sombrero de copa y un cuchillo ensangrentado en la mano, un ser que parecía mirar a quien le mirase a su vez. Apartó sus ojos de él y llamó:

—¡Aldo, Aldo!

Aldo no estaba allí. Forcejeó con manos y .pies y entonces se dio cuenta de que estaba atada sobre el ataúd en el que reposaban los restos de Nataly Norton.

El féretro se hallaba colocado en aquella especie de mesa con cortinas a los pies del óleo como si todo en sí mismo constituyera un altar.

Las manos estaban hacia abajo y la cuerda pasaba por debajo del ataúd, de tal modo que si ella estiraba de una mano se dañaba la otra. Con los pies sucedía algo parecido pero más bien atados, pues también se hallaban unidos por encima del ataúd para que las piernas no se separasen.

Sin darse por vencida, forcejeó de nuevo para liberarse de las ataduras que la mantenían bien sujeta sobre la tapa del ataúd como si éste fuera un altar en el que se dispusiera a celebrar un sacrificio.

—¡Aldo, Aldo!

No había respuesta. Consiguió volver más la cabeza y miró hacia la mesa redonda. Al otro lado, sentada, estaba Dorothy Ambross y su mirada era idiotizada, como si hubiera sufrido una recaída en su locura.

—¡Señora Ambross, señora Ambross!

La paciente del Alí Saint’s Hospital la miró sin decir nada.

—Señora Ambross, suélteme, por favor, suélteme.

La mujer comenzó a reír, lo que estremeció más a Laura. Tuvo miedo, mucho miedo. ¿Qué iba a suceder?

Casi al unísono que se abría la puerta del maldito caserón,

sonó el fragor de un trueno. En medio de la luz vivísima de los relámpagos, apareció el juez Cunning cargado de leña. Se cubría con un impermeable que chorreaba agua.

El juez se acercó a la chimenea con su carga y fue arrojándola al fuego. De inmediato se produjo una nube de vapor, pero las llamas vencieron al agua de la lluvia debido a que la chimenea no había cesado de arder durante horas y horas y estaba muy caliente y el agua de la propia leña se evaporó rápidamente.

Cuando la gran chimenea, que en nada se parecía a las esmirriadas chimeneas de los apartamentos modernos donde un leño debía colocarse de canto para que

cupiera se llenó de brasas, semejó que abrieran las puertas del infierno. El juez Cunning se volvió hacia Laura.

—¡Suélteme! —exigió la joven.

El juez no movió ni una pestaña y la desquiciada médium se echó a reír. Era muy posible que el juez la hubiera droga- do y la droga después de haber asimilado su cuerpo una fuerte dosis de sedante, podía resultar más que peligrosa.

El juez Cunning se acercó despacio a Laura Berner y ésta comprendió que no podía exigirle nada. El la había encañonado con la pistola y luego golpeado hasta dejarla inconsciente; él la había atado al ataúd donde yacía una mujer momificada que hacía algo más de dos años había muerto horriblemente asesinada.

—Por favor, suélteme —suplicó ahora Laura.

No había un átomo de piedad en los ojos del juez.

—Ahora ya sé por qué asesinaron a sus víctimas en un ritual tan sangriento los influenciados por él —señaló al ser del cuadro.

—¿Por qué?

—El es la maldad en abstracto y su influencia cae sobre los que tenemos la maldad sometida, la maldad encadenada dentro de nosotros. Todos tenemos el bien y el mal en nuestro interior y él nos obliga a romper esas cadenas conque sometemos a la maldad. Había llegado a creer que los asesinos que yo sentenciaba eran inocentes; que ese cuadro, no sé en qué forma, los sugestionó, hipnotizándolos para obligarles a cometer los crímenes, pero no es así. El cuadro sólo había hecho que liberar la maldad que llevaban dentro. Con su influencia, la represión saltaba hecha pedazos y aunque ellos amasen a sus víctimas, su deseo de hacer daño, su sadismo, les obligaba a cometer los horribles crímenes. La maldad había quedado liberada dentro de ellos por la influencia de ese cuadro. Seres normales, seres buenos en apariencia, desataban su maldad y cometían el horrible crimen. Ya no siento remordimientos por haberles impuesto las máximas penas.

—Juez Cunning, no desate usted también su maldad, no lo haga —le suplicó Laura, comprendiendo todo lo que él le había dicho.

La influencia del cuadro se dejaba sentir rápidamente en aquellos hombres que tenían una gran maldad reprimida dentro de sí pero que siempre había estado a punto de salir a la luz.

El juez parecía uno de esos seres; toda una vida conteniendo el gran sadismo que llevaba oculto dentro de sí, quizás por

una frustración infantil, unos miedos, un odio a su padre, un excesivo amor hacia su madre, un odio hacia las mujeres... Toda una vida reprimiéndose y ahora, la influencia del maldito cuadro operaba sobre su espíritu.

Quizás, sin él mismo saberlo, había estado buscando el maléfico cuadro por el que había pagado una importante suma para liberar su propia maldad.

—¡Yo no le he hecho nada, juez, nada!

—Sabe ya demasiado, señorita Berner, demasiado. Le aseguro que podrá tener el placer de que su espíritu regrese a su cuerpo cuando éste no sea más que un cadáver. Cuando la señora Ambross la invoque, regrese a su cuerpo. Si lo hace bien y a menudo, podrá usted mantener una especie de inmortalidad, será una muerta

viviente, una zombi. ¿Le parece bien?

—¡Noooo! —gritó aterrorizada, viendo que la maldad del juez Cunning ya no tenía límites, que no se trataba de una broma desagradable.

Vio como el rostro del juez Cunning se transformaba. Miró al cuadro también y descubrió con horror que los dos rostros cada vez se parecían más y más. La influencia del cuadro, de la maldad reflejada en él, se traspasaba a! juez Cunning.

Sacó de su bolsillo la gran navaja que había perdido el vagabundo asesino y desnudó su hoja todavía manchada con la sangre de la joven Sonia que continuaba dentro de la habitación, tumbada en el suelo.

La respiración semejó detenerse en el cuerpo de la joven enfermera de un manicomio para indigentes.

—Será un poco doloroso —le dijo despacio— pero no puedo utilizar un anestésico, sería como sacrificar a una muñeca de esas inflables que venden en las sex-shops. Grite, grite todo lo que pueda, eso me satisfará más, me dará mayor placer.

—Por favor, juez, vuelva en sí, está sugestionado, no es usted mismo. Laura no lograba convencer al juez Cunning.

Este ya era igual al ser del cuadro, se había transformado.

Como en un ritual, comenzó a desabrochar la gabardina de Laura. Se encontró con un jersey blanco y como éste debía de quitarse por la cabeza, optó por utilizar la navaja, cortándolo a partir del vientre hasta llegar al cuello.

La muchacha contuvo la respiración, notaba la presión de la hoja contra su cuerpo, un cuchillo que, evidentemente, estaba muy afilado.

Apartó el jersey roto, lo mismo que la gabardina, y bajó la cremallera de la falda, el resto la cortó.

Quedaba una combinación de seda que cortó a partir del escote hasta dejar a Laura sólo cubriendo sus hermosos y fuertes pechos con el pequeño sujetador negro, como también eran negras las pequeñas y finas bragas.

—Por favor, juez, no siga, no siga, no diré nada, nada.

Cortó el sujetador por la unión del centro y liberó los hermosos senos. Con sus dedos colocados en forma de gancho, estiró las bragas por las ingles y las cortó, primero de un lado, luego de otro.

—No lo sabía —silabeó el juez Cunning, despacio—. No lo sabía, pero toda mi vida he estado esperando un momento como éste... Al principio de mi carrera, firmar una sentencia de muerte me producía una extraña sensación, pero esto es

diferente, es sentir el placer de la convulsión, de la sangre de la víctima, el goce de oír sus gritos…

—No, no, Aldo le sorprenderá.

—¿Aldo? —se rió—. La puerta del sótano está bien cerrada.

Dorothy Ambross seguía riendo en su idiotez mientras el fuego de la chimenea era más vivo.

—Procuraré que la agonía sea larga y lenta. Abriré tu cuerpo y cuando ya dejes de gritar, arrancaré tus vísceras. Dejarás de ser tan hermosa como eres.

La maldad estaba desatada en la mente del juez Cunning.

Laura vio la hoja de la

afilada navaja alzarse sobre su vientre desnudo, el pánico la hizo estremecerse y aquel estremecimiento dio placer al juez Cunning.

Se escucharon golpes en la puerta que daba acceso al sótano. El juez Cunning que la había cerrado, no hizo el menor caso. Dorothy Ambross seguía riendo y Laura gritó, gritó hasta que sus ojos dejaron de ver. Sus gritos se esparcieron por todo el maldito caserón.

La puerta del sótano saltó cuando ya el puñal descendía sobre el cuerpo femenino para hendirse en él y buscar sus entrañas en aquel sangriento ritual del maldad.

El atizador voló por el aire y dio en la cabeza del juez Cunning.

Este al recibir el impacto, se volvió hacia delante y el cuchillo pasó rozando la piel de Laura, pero se clavó en la tapa del ataúd mientras la joven no dejaba de gritar.

Aldo corrió hacia ella. El juez había quedado volcado sobre el cuerpo femenino y de su cabeza manaba sangre. Aldo lo volvió boca arriba y lo vio inconsciente pero vivo.

—¡Aldo, Aldo, sácame de aquí!

—Tranquilízate, ya ha pasado todo —le dijo él.

Cogió la navaja, desclavándola de la tapa del ataúd, sin hacer caso a la médium loca que no cesaba de reír, privilegiada espectadora de una macabra tragedia.

Volvió al juez contra el suelo, liberando a Laura de su peso.

Le cortó las ligaduras que la sujetaban y ella se le abrazó llorando angustiosamente.

Le abrochó la gabardina como pudo y le dijo:

—¡Vamos!

—¿Adónde? No podemos escapar.

—Hay un túnel, vamos.

Cogiéndola de la mano, la obligó a seguirle hacia el sótano.

Allí tenía el candelabro que dejara encendido y un madero que había escogido para romper las rejas.

—¡Quiero salir de aquí, quiero salir de aquí!

—Saldremos, a ellos ya los vendrán a buscar y al juez habrá que enjaularlo en un manicomio como a la médium.

Descendieron al sótano y luego a la galería que tenía algo más de dos pies de agua.

—¿Qué es esto? —preguntó Laura mirando las estatuas enjoyadas.

—Símbolos, ídolos de un tiempo pasado. Ya volveremos a por ellas, ahora escapemos de aquí.

Avanzaron entre los ídolos cuando escucharon la voz del juez por la galería.

—¡Alto, alto, os mataré a los dos!

—Corramos hacia las rejas

Al pasar Laura por delante del unicornio maléfico, con alas y el gran brillante colgado de la cadena de oro, sus pies fallaron en el remolino que trató de engullirla. La mano fuerte y nervuda de Aldo la sacó del aprieto.

El juez hizo un disparo. Vio las rejas por la luz del candelabro que llevaba Aldo

mientras Laura cargaba con el madero.
—Moriréis juntos —amenazó al juez Cunning avanzando por el agua, ya totalmente enloquecido.
—¡Nos matará, Aldo, nos matará!
—¡A él primero! —dijo el juez Cunning—. Y tú vendrás conmigo arriba, ya nadie te salvará del ritual. Morirás como las otras mujeres, pero tu agonía será más larga, mucho más larga...
De pronto, se situó frente al unicornio alado y el remolino de agua lo succionó. Ante la sorpresa de Laura, desapareció cuando ella ya lo creía todo perdido.
—¡Ha desaparecido!
—Si, en un río subterráneo, quizás estrecho.
Aldo pensó que ya habría tiempo para explicárselo y tomando el madero le pidió:
—Sostén el candelabro.
Comenzó a golpear las rejas con el madero, rompiendo algunos trozos, pero no era tan fácil como él había creído. Laura exclamó:
—¡Aldo, Aldo, el nivel sube!
Aldo se miró a sí mismo y asintió.
—Es cierto, sube. El remolino debía mantener siempre el nivel, pero posiblemente el cuerpo del juez ha obturado el agujero y ahora la galería se inundará para siempre. El juez Cunning se ha convertido en tapón del desagüe nivelador, hay que salir de aquí cuanto antes. No sé en qué proporción entra el agua del río y en qué proporción se desagua.
Fue rompiendo rejas hasta que lograron pasar, sumergiendo la cabeza y manteniendo el candelabro en alto. Ya al otro lado, siguieron avanzando por el agua.
—¿Y si no hay salida? —preguntó Laura.
—Moriremos ahogados. Si retrocediéramos, encontraríamos la galería inundada. El agua fue descendiendo en sus piernas, la galería subía hasta que tuvo su final, pero hubieron de pasar por entre gruesas raíces arbóreas que les cortaban el paso.
—¿Y ahora qué? —preguntó Laura al comprobar que no había salida. Aldo tanteó el techo hasta hallar una gran piedra que comenzó a mover.
Una ráfaga de aire y agua de lluvia recién caída les dio en los rostros. Forcejeó hasta mover la gran piedra lo suficiente para filtrar sus cuerpos y la pareja quedó en mitad de un bosque mientras la lluvia caía sobre ellos. El río estaba cerca y desde donde se hallaban podían ver la isla del río.

—Corramos, el coche estará cerca. Ya avisaremos a la policía, aunque no nos van a creer, la galería va a quedar totalmente inundada.

—Aldo, Aldo.

La estrechó contra sí y la besó en los labios. Ella necesitaba aquella comunicación para sentirse viva, lejos del horror de la casa del río donde residía la maldad.

F

I

N



COLECCION

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Nunca sentirá tan real, tan viva y palpitante la sensación de una auténtica aventura espacial, como leyendo cada semana un título seleccionado para esta colección

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.